



*secretos*  
SUCIOS

KELSIE CALLOWAY

SECRETOS SUCIOS

UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO

LA FAMILIA DEL CRIMEN VALENTI

LIBRO CINCO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en [kelsiecalloway@gmail.com](mailto:kelsiecalloway@gmail.com).

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



# ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

Prólogo

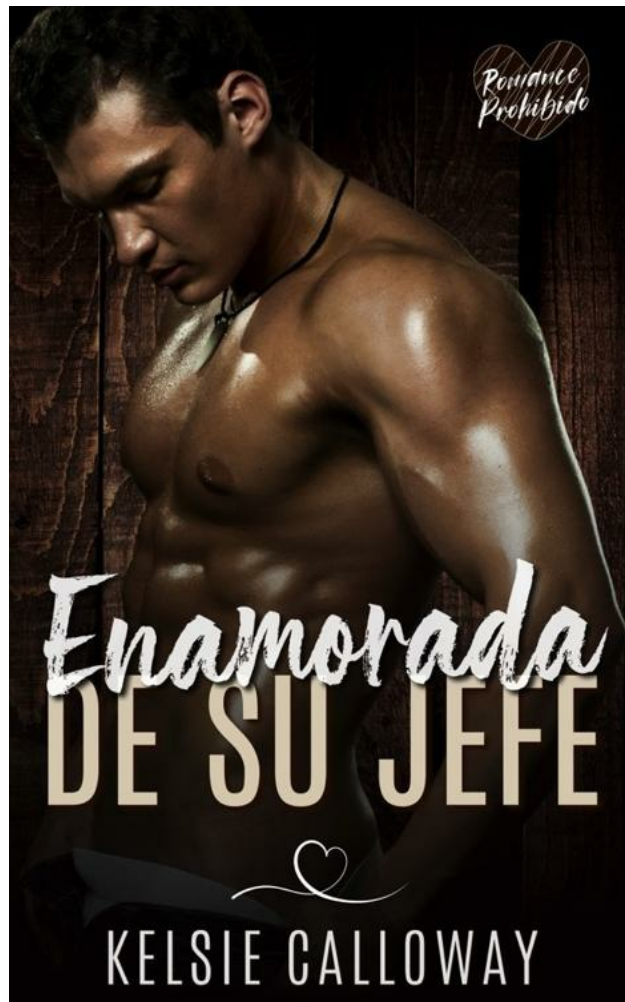
1. Francesca
2. Cesare
3. Francesca
4. Cesare
5. Francesca
6. Cesare
7. Francesca
8. Francesca
9. Cesare
10. Francesca
11. Cesare
12. Francesca
13. Cesare
14. Cesare
15. Francesca

Epílogo

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE  
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



## PRÓLOGO

Cesare - 4 años antes

"Eres un bastardo enfermo, ¿lo sabías?" Stefano se para unos metros detrás de mí y se ajusta la corbata en el espejo. Está guapo, pero yo lo estoy más.

"Lo sé". Este es el mejor traje negro que el dinero puede comprar; me sienta como un guante. Ha sido planchado a la perfección, y las líneas son tan nítidas que resultan letales.

Alguien llama a la puerta de mi habitación antes de girar el pomo y entrar. Raniero está de pie, con un aspecto robusto y atractivo, a punto de cumplir los treinta. Empiezan a salirle canas aquí y allá, lo que le da un aspecto distinguido. "Deberíamos irnos pronto. Queremos llegar a la iglesia antes que los invitados".

Jugueteo con el último botón de mi traje antes de asentir. "Vale, vámonos".

Hoy es un día sombrío; me cuesta todo fingir que estoy triste. Mi mejor amiga ha perdido a su marido y hoy nos despedimos. Le dije que me encargaría de todo; no le dije que yo era la razón de que esto estuviera pasando.

Francesca Scot ha sido mi mejor amiga desde el instituto. La vi el primer día de clase de gimnasia y supe que era la elegida. Era pequeña, de piel clara, con una mancha de pecas en las mejillas y en el borde de la nariz. Las chicas malas se burlaban de su pelo rojo y decían que no tenía alma. A Francesca no le importaba, las miraba de reojo y seguía andando.

Tardé dos semanas en encontrar el momento perfecto para charlar con ella. Hizo amigos rápidamente, y siempre estaba rodeada de chicos y chicas. Cuando no lo estaba, era porque estaba pateando traseros en la cancha de baloncesto o corriendo la milla semanal más rápido que el resto de nosotros. Medía 1,70 y era feroz de cojones; me encantaba.

Cuando me presenté, todo estaba decidido. Kessa arrugó la nariz y me dirigió una rápida mirada de arriba abajo antes de decirme que me largara. "He oído hablar de ti, Cesare Valenti. Te gusta enrollarte con chicas bajo las gradas y jugar a los médicos. Pero olvídale, chaval, porque no te vas a meter en mis bragas". Un dedo de en medio, un rechazo, todo lo que le había dado era mi nombre.

Pero no me detuve. Puede que tuviera razón sobre mi reputación en el instituto, pero no era como si me estuviera acostando con esas chicas. Éramos demasiado jóvenes para pensar en ese tipo de cosas. Sólo me gustaba besar chicas. Eso no era un crimen.

Para estar a la altura de Francesca en la clase de gimnasia, tenía que estar en la cima de mi juego. Como era tan pequeña, Kessa lo compensaba siendo ferozmente competitiva. Era rápida y eso le beneficiaba en cualquier juego o lección que aprendiéramos. Durante la unidad de fútbol, se escabullía entre la multitud con facilidad. Cuando aprendimos atletismo, era la más rápida de la clase. Kessa destacaba en todo, lo que significaba que yo tenía que destacar en todo para estar a su altura.

Nadie entendía por qué me esforzaba tanto por llamar la atención de Francesca. Raniero había terminado la universidad el año anterior y estaba en casa aprendiendo el negocio familiar. Me dijo que las mujeres van y vienen, y que no necesitaba perder todo mi tiempo con una chica a la que ni siquiera le gustaba. Mamá dijo que lo ignorara. "Nerón nunca ha estado enamorado, cariño. No le hagas caso. Es un pesimista".

El consejo de mamá ganó. Para las vacaciones de Navidad, Francesca me hablaba sin regañarme. Cuando llegaron las vacaciones de primavera en marzo, aceptó ser mi pareja en el baile de bienvenida. El resto parecía historia.

Aquel verano fue uno de los mejores de mi vida. Mis padres acababan de instalar una piscina enterrada y Kessa venía todos los días a lucir su cuerpecito en bikini. Mi madre juraba que me había equivocado al salir con una chica tan libre con su cuerpo como Francesca, pero a mí me encantaba. Iba a cumplir quince años y mis hormonas rugían como una tormenta. Si hubiera podido desnudarla, lo habría hecho, aunque no tuviera ni idea de qué hacer una vez que lo hubiera hecho.

Cuando empezó el nuevo curso en agosto, Kessa y yo éramos la pareja más guapa de la clase de segundo. Todo el mundo hablaba de que llegaríamos al baile de graduación y nos coronarían rey y reina. En todos los bailes a los que íbamos, la gente susurraba sobre nosotros al pasar. Decían que éramos hermosos, una pareja agraciada por los dioses.

Pero todo el mundo comete errores. Un año después de empezar a salir, yo estaba inquieto. Kessa no quería ir más lejos en el dormitorio que tontear, y yo era un adolescente cachondo que buscaba cualquier cosa que pudiera conseguir. La engañé con una chica del equipo de baile y, cuando se enteró, Francesca me dejó como si fuera leche agria. Ni siquiera lloró; se fue riendo. "Sabía que me romperías el corazón, Cesare, pero no pensé que sería así".

El destino es divertido. Kessa y yo llevábamos tanto tiempo juntos que, incluso después de romper, nos costó separarnos. A mi madre le gustaba Kessa ahora que había terminado el verano y les daba a mis hermanos valiosísimos consejos sobre citas. Yo tenía planes para hacer un viaje familiar con los escoceses y estaba ayudando al padre de Kessa a reconstruir un viejo Chevrolet Camaro. Abandonar la vida que habíamos construido juntos era más complicado que lidiar con el dolor de mi engaño. Kessa era una buena deportista, y después de un par de semanas decidió que yo era un adolescente tonto al que se le podía perdonar que tonteara con una chica del equipo de baile. "No es que vaya a volver a salir contigo", prometió, "pero podemos ser amigos".

Yo salía con otras chicas en el instituto; ella salía con otros chicos. Fuimos en la misma limusina al baile de graduación y pasamos la noche de graduación juntos, con nuestras citas siguiéndonos como cachorros aburridos que no entendían por qué seguíamos tan unidos.

Seguí a Kessa a K-State. Mientras ella se licenciaba en Pedagogía y obtenía un máster, yo estudiaba Kinesiología. Conoció a su marido en la primera escuela en la que enseñó, y vi cómo se enamoraba.

Para mi disgusto, Peter me pidió que le ayudara a elegir un anillo para Kessa. Sabía con semanas de antelación que iba a proponerme matrimonio. Tuve tiempo de sobra para decirle que la quería o para que rompieran, pero entré en un perpetuo estado de pánico. En lugar de decirle a

Kessa que había estado enamorado de ella desde el primer día que la vi, vi cómo se casaba.

"Peter era un buen hombre. Nunca levantaba la voz y siempre estaba de buen humor. En su segundo aniversario de boda, tuve un accidente de coche. Llamé a Francesca desde el hospital y me gritó por haberles estropeado el fin de semana. Se le notaba la preocupación en el tono, pero también estaba muy enfadada. Pero Peter le cogió el teléfono y me preguntó dónde estaba. Dijo que se alegraba de que hubiera sobrevivido y que aguantara, que llevaría a Kessa al hospital en un par de horas. Debí de conducir ochenta y cinco todo el camino de vuelta desde Kansas City, porque ella estaba junto a mi mesilla de noche dos horas después con lágrimas en los ojos. Peter le trajo café de la cafetería y me trajo flores de la tienda de regalos. Mientras su mujer dormía junto a mi cama, se aseguró de que ambos tuviéramos todo lo que necesitábamos. Peter Anderson era un gran hombre; no podría haber pedido un hombre mejor para casarme con mi mejor amiga".

Stefano mueve la cabeza de un lado a otro en la primera fila, con los labios fruncidos por el disgusto. Oigo el eco de sus palabras en el silencio. Eres un bastardo enfermo, ¿lo sabías?

Cuando el funeral toca a su fin, permanezco junto a Kessa y la familia de Peter mientras se reúnen con los dolientes. Permanezco estoico por ella; soy su fuerza en estos momentos de necesidad. Cuando alguien dice algo especialmente conmovedor sobre Peter, veo que el cuerpo de Kessa se deprime y alargo la mano para tocarle la parte baja de la espalda. Es el más sutil de los gestos, pero la fortalece. Echa los hombros hacia atrás y se yergue, pintando una sonrisa renovada en su rostro mientras se reúne con los invitados restantes.

Me pongo de pie con mis hermanos cuando le toca a Kessa ver el ataúd. Sube sola al escenario y la observo con ansiedad.

"Hombres menores se limitarían a admitir su asesinato". Luca se queda de pie con las manos en los bolsillos mientras miramos a Kessa.

"Soy un Valenti", anuncio encogiéndome de hombros. "Nunca he sido un hombre menor".

Raniero me sonrío con orgullo. "¿Hiciste que Holy hiciera el trabajo?"

Asiento con la cabeza y le devuelvo la sonrisa. "Los Reyes tienen su utilidad". Howard "Holy" Pelham ni siquiera pidió los 50.000 dólares que destiné a la muerte de Peter. Todo lo que quería eran 20.000 dólares, y su expediente de encarcelamiento borrado. Era el trabajo más barato que me habían hecho nunca, y tenía la mejor coartada: estaba con Kessa la noche que ocurrió.

"Bastardo enfermo", Stefano murmura de nuevo. "Vas a ir al infierno".

Kessa se aparta del ataúd abierto y empieza a caminar hacia nosotros. "Todos vamos a ir al infierno, Stef; cierra la puta boca." Cuando está a menos de tres metros, doy un paso adelante con los brazos abiertos para abrazarla. "Siento mucho tu pérdida, cariño".

Todo el tiempo, Stefano tiene los brazos cruzados sobre el pecho, sacudiendo la cabeza con desesperación.

Claro, hice que asesinaran a sangre fría al marido de mi mejor amiga. Di el mejor discurso en su funeral. Cuidaré de su mujer el resto de nuestras vidas. Stefano no se equivoca; iré directo al infierno cuando muera. Pero al menos mientras viva, tendré el amor de una buena mujer.

La cagué en el instituto y perdí al amor de mi vida, pero no la volveré a cagar. Francesca Scot es mía ahora, y no hay nada que nadie pueda hacer al respecto.



## FRANCESCA

El día de hoy

Ha sido un día largo. Creo que hay un club de la pelea secreto en mi colegio. Hoy han llevado a cuatro chicos a mi despacho con los ojos morados y la nariz ensangrentada; ninguno ha hablado. Cuando el periódico se entere de esto, me van a ensartar como a una brocheta. Ya puedo ver el titular:

EL DIRECTOR DE LA ESCUELA PRIMARIA BLUEMONT AJENO AL CLUB DE LA PELEA DE ESTUDIANTES

Una docena de padres estarán en mi despacho mañana por la mañana exigiendo saber cómo no sabía nada de que sus hijos habían montado un club de lucha ilegal. Puedo oír sus preguntas como si fuera una entrevista en directo.

"¿No hay monitores de recreo en el patio?"

"¿Por qué no había cámaras en el pasillo donde se peleaban?"

"¿Les importan nuestros hijos a los profesores?"

"¿Acaso se preocupan por nuestros hijos?"

Me duele el estómago sólo de pensarlo. Quiero irme a casa, acurrucarme en la cama y fingir que nada de esto ha pasado.

"Hola. Reconozco su voz, pero si no lo hiciera, su saludo me daría asco.

Me doy la vuelta en el pasillo de los cereales y veo a mi mejor amigo a unos metros. Cesare tiene una cesta llena hasta los topes de frutas y verduras; es el tío más sano que conozco. "Hola, tú", sonrío. "¿Qué te trae por el pasillo de los carbohidratos y los azúcares añadidos?"

Cesare arruga la nariz con disgusto y mira a su alrededor, a las docenas de cajas de cereales azucarados para el desayuno y pop-tarts. "Te he visto pasar por este pasillo. Créeme, no necesito nada".

Agarro lo primero que toca mi mano y se lo enseño a Cesare. "¿Quieres decir que no necesitas ocho paquetes de avena de arce y azúcar moreno?". Ahora que lo digo en voz alta, como que lo deseo. Cuando niega con la cabeza, lo meto en el carrito. "Es buena para el corazón,

Cesare. Ya sabes, esa cosa en tu pecho que podría crecer tres o cuatro tallas".

"¿Me estás llamando Grinch?" Pregunto con una ceja levantada perfectamente cuidada.

"Todo lo que necesitas es un Max", anuncio con una sonrisa. "Ni siquiera celebras la Navidad, ¿verdad?".

Cesare se lleva una mano al pecho en señal de ofensa. "Yo celebro la Navidad, Kessa. ¿Has ido alguna vez a un club de striptease de Las Vegas en Navidad? Es el mejor regalo que puede recibir un hombre soltero".

Pongo los ojos en blanco y sigo caminando. "Estás loca. Deberías pasarla con tu familia".

Vuelve a arrugar la nariz. "Creo que me gustaba más cuando todo el mundo estaba soltero y sin hijos. ¿Sabes lo ruidosas que son las fiestas ahora? Siempre hay alguien llorando. Seguro que Stefano lloró a moco tendido en la cena de Pascua".

"Pero tú eres el tío divertido ahora. Un soltero con la renta disponible para endulzar a tus sobrinas y sobrinos antes de enviarlos a casa". Mi hermana, Sylvia, jura que nunca va a tener hijos. Asistir a las reuniones de la familia Valenti es lo más cerca que estaré de ser tía. Todos me tratan como de la familia.

Cesare frunce el ceño cuando nos detenemos frente a las barritas de cereales, y pongo unas cuantas cajas en mi carrito. "¿Estás comprando bocadillos para toda la escuela? Jesús, Kes".

"En días como hoy, este es mi tentempié de media mañana, el almuerzo y el alimento reconfortante de la tarde mientras lloro en el armario de mi despacho". He dicho demasiado. La preocupación invade a Cesare, que me toca el codo en señal de apoyo. "No pasa nada", me apresuro a asegurarle antes de que pueda preocuparse demasiado. "Algunos días son más duros que otros, y éste es uno de ellos. Es mi primer año como director, así que seguro que hay días difíciles, ¿no?".

Me aprieta suavemente el codo antes de separarse. "Por supuesto. Todo el mundo tiene días duros de trabajo".

"¿Incluso tú? pregunto moviendo las cejas.

Cesare me lanza una mirada cómplice antes de responder. "Incluso yo, Kessa".

Desde que conozco a los Valenti, sé que no son como las demás familias de Manhattan. Uno pensaría que, con cinco hijos, la madre de Cesare habría tenido que trabajar, pero era una orgullosa ama de casa que hacía pasta desde cero y se pasaba los domingos preparando salsa. Su padre les dio una casa preciosa, les pagó la universidad y nunca trabajó en una oficina. Conocía los rumores sobre su familia haciendo cosas malas para llegar a donde están hoy, pero Cesare no es así. "¿Cómo va la oficina de fisioterapia?".

A pesar de que siempre parece tener una mano en el negocio familiar, Cesare se ha diversificado como su hermano, Luca. Mientras Luca se dedicó a la política, Cesare empezó a utilizar su licenciatura en kinesiología. Los dos se ganan la vida decentemente lejos de sus hermanos, y admiro a Cesare por separarse de Raniero. Su hermano mayor es un gran tipo, y ha donado bastante a la escuela primaria de Bluemont desde que empecé a trabajar aquí, pero sé que sus prácticas son un poco más oscuras de lo que preferiría involucrarme.

"Ha habido algunos contratiempos en las reformas del edificio. Han entrado en vigor nuevas leyes desde que se construyó el edificio. Si quiero renovarlo, tengo que cumplir los códigos actuales, lo que significa poner al día muchas cosas. Por ejemplo, el sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado", dice poniendo los ojos en blanco. "A principios del siglo XX, el sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado no existía, y me cobran varios miles de dólares si quiero instalarlo correctamente".

Me estremezco sólo de pensar en lo que costará ponerlo todo en condiciones. No sé cómo la

gente tiene negocios o restaurantes cuando parece que sale más dinero del que entra. "¿No puedes invertir en unos ventiladores y darlo por bueno?". bromeo mientras nos dirigimos al pasillo de las conservas vegetales.

Cesare echa unas cuantas latas de judías verdes en su cesta de mano rellena. "Si pensara que puedo salirme con la mía, créeme, lo haría". Empieza a cambiar de sitio sus artículos para poner las latas en el fondo y que no magullen la fruta.

"Pon tu cesta en mi carrito". Nunca puede planear nada. Todavía me sorprende que sus hermanos lo dejaran a cargo de planear la despedida de soltero de Luca.

"¿Seguro?" Ya está colocando la cesta en la parte más grande de mi carrito, moviendo mis cosas a la parte de atrás. "Porque puedo llevarla yo. Sabía lo que podía pasar".

Le hago un gesto con la mano para que se vaya mientras meto unas cuantas latas de judías en mi carrito. "Creo que voy a hacer chili esta semana". Cesare señala que no puedo comer chili sin rollos de canela. "Obviamente. Es obvio". Tuvimos un estudiante extranjero de intercambio en la secundaria que no tenía idea de qué esperar cuando llegó a Kansas. Lo que más le sorprendió fue que a la hora de comer en la cafetería le sirvieran chili y rollos de canela juntos. Le sorprendió la idea de que los habitantes del medio oeste desayunaran y almorzaran juntos. Siempre pienso en eso cuando lo servimos en la escuela.

"De todos modos", Cesare cambia de tema, "¿qué ha pasado hoy en el colegio que te tiene tan estresado? ¿Tengo que pelearme con un niño? No tengo miedo de pelearme con un niño, Kessa".

Siempre sabe cómo hacerme sonreír. "Pelearse es el problema", le digo sobre los cuatro niños que terminaron en mi oficina esta mañana. "Pensé que si los agarraba uno a uno, delatarían a la persona que empezó todo esto, ¡pero no lo hicieron! Todos se mantuvieron unidos y no dijeron nada, incluso cuando los suspendí por dos días. Creo que hay una especie de club de la lucha de la escuela primaria, Cesare, de verdad. ¿De qué otra forma se explica esto?".

Se encoge de hombros. "No lo sé, Kes. Yo diría que los niños sólo son niños, pero estoy de acuerdo; creo que uno de ellos se habría revolcado sobre su compañero si ese fuera el caso."

"Los padres me van a crucificar. Voy a tener una revuelta en mis manos. Voy a perder mi trabajo y..."

Cesare me interrumpe con una mano levantada. "No", añade pacientemente, "no te va a pasar nada. Que unos cuantos niños se peleen es algo normal. Ahora bien, cuando todo un curso empieza a tirarse los trastos a la cabeza, puede que tengas que preocuparte por una revuelta de los padres".

El resto de nuestra conversación se ve interrumpida por el sonido de disparos procedentes de la entrada de la tienda. El terror me recorre el pecho cuando Cesare me agarra y me tira al suelo.

"Todo el mundo al suelo". Una voz grita desde la entrada de la tienda. "Ni se te ocurra llamar a la policía o te dispararemos".

He pasado por una docena de simulacros de tirador activo en la escuela, pero nada te prepara para cuando uno realmente sucede. Y cuando estás en una tienda de comestibles, no puedes correr a un aula y cerrar la puerta. "Cesare", gimoteo.

"Shhh." Me agarra de la mano y empieza a tirar de mí hacia el fondo de la tienda. "No hagas ruido".

Se oye un disparo, seguido de una salva de gritos. "No, deberíamos tumbarnos", le digo.

Pero entonces me mira. Y hay algo en sus ojos que me hace creer que sabe lo que hace. "Quédate detrás de mí", susurra. "Y no me sueltes".

La gente llora y oigo dos voces masculinas que dan órdenes. No sé qué pasará cuando

lleguen hasta nosotros, pero no tengo intención de averiguarlo.





## CESARE

Sabía que Kessa estaría hoy en Dillons. Todos los martes por la noche, hace la compra después del colegio y pide una pizza a Papa Murphy's. Mientras la pizza se hornea, guarda la compra y friega los platos. Mientras la pizza se hornea, guarda la compra y friega los platos. Francesca Scot se ha convertido en el tipo de mujer que vive y respira según su horario semanal.

Es por eso que fue tan fácil contratar a algunos chicos para disparar a la articulación. Son los tipos más limpios que pude encontrar con las armas más limpias que el dinero puede comprar. Hablo de banqueros y contadores públicos que nunca han tenido un trabajo duro en su vida. Suponiendo que sigan el plan, ni siquiera irán a la cárcel cuando todo esto termine. Saldrán de aquí antes de que llegue la policía y seguirán su alegre camino con una historia que contar a sus nietos.

Sin embargo, no tuve en cuenta la naturaleza humana. La maldita naturaleza humana nos arruinará cada maldita vez.

El plan era llevar a Francesca a la parte trasera de la tienda, al almacén, y salir por la puerta cuando aparecieran los tiradores. Unos pocos disparos, unas pocas amenazas, y luego iban a estar en su camino antes de que la policía apareciera.

Pero apenas llegamos a la puerta del almacén cuando nos detiene un hombre enmascarado. Va todo de negro y lleva un par de guantes para ocultar sus huellas dactilares, tal y como le dije que hiciera. En lugar de apresurarse a pasar junto a nosotros para llegar fuera a tiempo, dispara unas cuantas balas contra la pared de lácteos que hay junto a nosotros. "Más despacio, Tex", me dice desde unos pasillos más allá. "¿Adónde crees que vas?".

Aún tiene tiempo de cambiar de rumbo y hacer lo que se supone que debe hacer. ¿Dónde coño están los tíos con los que está? ¿Por qué oigo gritos desde otro pasillo? ¿Quién es ese que grita como si lo estuvieran torturando?

"No queremos problemas". Kessa me suelta y levanta las manos. Por suerte, se queda detrás de mí.

"Tienes una linda boquita, cariño". El hombre se acerca, y por el color de sus ojos puedo saber de cuál de los pequeños gamberros se trata. "¿Por qué no me das un beso, cariño?".

Me adelanto en su lugar, sin molestarme en levantar las manos en fingida rendición. "Vete a la mierda, niña. Aquí hay mucha más gente con la que puedes meterte".

Se ríe de mí. "No tanta como crees".

La ira me llena el pecho y necesito una fuerza inhumana para no acercarme y darle un

puñetazo en la cara.

"Cesare", suplica Kessa, "no te hagas el héroe".

"Escucha a tu noviecita", se burla el ladrón. "Sólo estoy pidiendo un beso. No estoy pidiendo que se desnude". Hace una pausa de un segundo mientras mira por encima de mi hombro a Francesca. "Todavía, de todos modos".

El asesinato ciertamente cruza mi mente. Seré honesto; soy un hombre de acción. Soy la razón por la que Francesca está soltera. He echado a todos los novios que ha tenido desde que Peter murió. Soy la razón por la que estos hombres están reteniendo la tienda de comestibles. Pero que me parta un rayo si voy a ser la razón por la que asalten a mi mejor amiga.

"¡Oh, Dios mío! Cesare!" Oigo gritar a Kessa entre el sonido de los puños sobre la carne. No recuerdo haber cargado contra el ladrón y haberlo acribillado, pero eso es lo que pasó. Tengo que admitir que aguanta el tipo.

Recibo un golpe bastante fuerte en la oreja. Se oye un zumbido milisegundos antes de que empiece a marearme. El arma debió caérsele de las manos cuando me abalancé sobre él porque puedo verla a metro y medio de distancia. Si consigo llegar hasta la pistola, podré disparar a este hijo de puta por creer que puede meterse con Kessa.

Pero todo sale mal. En mi rabia ciega, me olvido de que hay otros dos hombres en la tienda. Uno baja por el pasillo central como debe ser y me encuentra encima de su amigo, dándole una paliza. No sé qué le pasa por la cabeza, pero algo en ella le dice que dispare.

La primera bala me atraviesa el hombro como fuego. El dolor es tan inmenso que caigo hacia atrás y me agarro la herida sangrante. Una segunda bala pasa zumbando y me pincha en la oreja. Creo que duele más que el disparo en el pecho. "¡Hijo de puta!" He oído que decir palabrotas hace que sea más fácil soportar el dolor, pero me han mentido.

"¿Estás bien, tío?" El segundo tipo viene a ayudar a su compañero mientras el tercero corre hacia ellos.

"¡Vamos, vamos, vamos!" Ruge. "La policía está llegando".

Todo este plan fue un fracaso. Estoy herido. Los tipos que contraté son un montón de idiotas. Probablemente los atrape la policía, y luego me delatarán. Un club de lucha de escuela primaria será el menor de los problemas de Francesca cuando tenga que visitarme en alguna celda de la prisión de Nebraska.

"Todo va a estar bien." De repente, Kessa está arrodillada sobre mí. Me arranca la chaqueta que llevaba hoy al colegio y la presiona contra mi herida sangrante. Hay preocupación en sus ojos y veo que mueve los labios, pero ya no puedo entender lo que dice. Los bordes de mi visión se vuelven lentamente borrosos antes de llenarse de oscuridad. El dolor me acoge en su cruel abrazo.

"Te quiero, maldita sea. Ahora quédate conmigo". El tono furioso de Kessa corta por fin el agua que entra y sale de mis oídos. Creo que voy a vomitar, pero ver su cara alivia las náuseas.

Su bonita melena pelirroja y su hermoso rostro pecoso pronto son sustituidos por un par de paramédicos. "¿Estás bien? ¿Cómo te llamas? ¿Puedes oírnos?"

Quiero decirle que no hace falta que grite; le oigo perfectamente. Pero mi boca no funciona. Juro que esos matones me dispararon en el pecho. ¿Por qué no controlo mis funciones motoras?

"Tenemos que llevarlo al hospital. Parece que le han desgarrado el plexo braquial".

"¿Va a estar bien?" Kessa pregunta.

"Va a necesitar cirugía", anuncia el paramédico. "Tenemos que sacarlo de aquí, ahora. Vamos a llevarlo a Ascension Via Christi. Si son de la familia, pueden venir con nosotros".

No sé lo que pasa por su cabeza porque apenas puedo funcionar, pero Kessa toma su mentira

ya hecha. "Soy su esposa".

He esperado una eternidad para oírle decir esas palabras; no puedo creer que haya sucedido apenas unos segundos antes de que me desmaye y me lleven al hospital.



## FRANCESCA

**R**ecuerdo la primera vez que vi a Cesare; tenía catorce años, complexión de chatarrero y un patético mechón de pelo en la barbilla que él decía que era una perilla. Parecía un gilipollas, y yo no tenía tiempo para gilipollas.

Él se creía gracioso, yo no. Me seguía durante la clase de gimnasia e intentaba seguirme el ritmo. Pero yo era un atleta y a él no le gustaba sudar. Yo cubría cada centímetro de la cancha de baloncesto, y él intentaba averiguar cómo meter la pelota en la canasta en el menor número de pasos. Yo podía correr en círculos a su alrededor, pero él era más listo que yo. Y más paciente.

Cesare me esperó durante los días intempestivamente cálidos del otoño y el soplo ártico del invierno. Se coló en mi grupo de amigos, aparecía en las fiestas en las que yo estaba y siempre tenía un cumplido que hacerme. Nunca mostró frustración cuando lo rechacé para una cita; nunca se quejó de que estaba cansado de perseguirme.

Hice que Cesare se dejara la piel para demostrarme su valía y sólo teníamos catorce años. Creía que los meses que habíamos pasado siendo amigos habían sentado una base sólida para nuestra relación. Pero entonces tonteó con Kiersten Karminski.

"Su respiración es dificultosa." El paramédico se cierne sobre Cesare mientras la ambulancia corre por las calles de Manhattan. El hospital está a tres kilómetros de la tienda, pero hay que pasar por la universidad. Incluso con las luces del camión parpadeando y las sirenas a todo volumen, los universitarios se saltan los semáforos de los pasos de peatones y se meten en la calle delante de nosotros. Empujan el vehículo cada vez que el conductor tiene que pisar el freno y tocar el claxon. Lo que debería ser un trayecto de cinco minutos parece una eternidad.

"Las constantes vitales parecen buenas". El otro paramédico añade al cabo de unos instantes. "Su ritmo cardíaco es elevado, pero no crítico. La pérdida de sangre está disminuyendo. Señora", me mira, "podría haberle salvado la vida presionando la herida".

Fue todo lo que pude hacer en el calor del momento. ¿Qué puedo decir?

Kiersten Karminski estaba en su último año, y todo lo que yo no era.

Yo medía 1,70, ella 1,70 y llevaba tacones de 10 centímetros a clase de inglés. Era todo piernas, y eso hacía que todos los chicos la miraran. Me sentía despreciable al lado de una chica como ella.

Yo era pelirroja y tenía pecas; ella era rubia y se había hecho socia de Sun Tan City. Daba

igual que hiciera doce grados y estuviera nevando, Kiersten Karminski parecía recién llegada de la playa.

Yo luchaba por engordar donde importaba: el culo y las tetas. Kiersten era un anuncio andante de Victoria's Secret. Yo no podía rellenar los sujetadores de copa B que le decía a mi madre que me comprara, y Kiersten se quejaba de dolor de espalda porque sus tetas doble D eran demasiado grandes. No podía compadecerme de ella cuando los chicos del instituto me decían que yo pertenecía al comité de tetas pequeñas.

Aún no estaba preparada para llegar hasta el final con Cesare; Kiersten se la chupó detrás de las gradas en un partido de fútbol.

Cuando descubrí que Cesare me había engañado, los odié a los dos, pero odié un poco más a Kiersten. No era culpa suya ni nada parecido, pero me enfurecía que una chica de aspecto perfecto como ella fuera detrás de mi hombre. Podría haber tenido a cualquiera en la escuela. ¿Por qué necesitaba quitarme a Cesare?

"Señorita, va a tener que esperar aquí". La enfermera de urgencias es muy amable, y sus manos están calientes. Lo noto cuando me agarra de las muñecas e intenta llamar mi atención. Mis ojos están pegados a la camilla que lleva a Cesare al quirófano.

"Necesito estar con él". Su sangre está en mi camiseta. "Es mi mejor amigo".

La enfermera me aprieta las muñecas con firmeza. "Vamos a cuidar de su marido, señorita. Este tipo de heridas rara vez son mortales. Puede que pierda algo de sensibilidad en el brazo o algo de movilidad, pero no morirá".

No morirá. No morirá. No. No. No morirá. Las palabras suenan en mi cabeza una y otra vez, insuflando aire fresco en mis pulmones. Mi mejor amigo no va a morir hoy.

"Siéntate, cariño. Te traeré una botella de agua mientras esperas". Es una buena mujer.

Hace unos años, cuando Peter y yo habíamos ido a Kansas City por nuestro segundo aniversario de boda, nos refugiamos en el Chateau Avalon Hotel and Spa durante el fin de semana. Estábamos en medio de un masaje en pareja cuando mi teléfono empezó a sonar. Le pedí disculpas a la masajista por dejarlo encendido y amablemente me trajo el bolso para que pudiera apagarlo.

Iba a apagarlo, de verdad. Peter y yo nos prometimos que este fin de semana nos mantendríamos alejados de las redes sociales y reduciríamos nuestro tiempo frente a la pantalla. Queríamos que nuestro aniversario girara en torno a nosotros.

Pero la imagen del contacto de Cesare apareció en mi pantalla y mi ansiedad se disparó. Sabía que no debía llamarme. Estaba cuidando a nuestro gato durante el fin de semana y yo le había ordenado que me llamara solo en caso de emergencia. Estaba segura de que algo terrible le había ocurrido a Lucky, así que descolgué.

"Sé que me dijiste que no llamara", empezó la conversación, "pero tienes que encontrar a otra persona que cuide de Lucky. Tuve un accidente de coche y estoy en el hospital".

Se me paró el corazón. Mi mundo dejó de girar. El hombre que amaba estaba en el hospital y yo estaba a cien millas de distancia.

Una botella de agua desechada más tarde, la sala de espera está llena de Valentis. Raniero se pasea por el suelo mientras lanza miradas furiosas a la recepcionista. Sloane intenta hablar con ella y explicarle la situación, pero la mujer se niega en redondo a ponernos al día sobre el estado de Cesare. Mateo está lleno de rabia apenas disimulada y sigue contestando su teléfono para hacer peticiones en voz baja a la persona al otro lado. Stefano se sienta tranquilamente en un rincón con Nicolette acariciándole suavemente el brazo y susurrándole al oído.

"Tiene que haber novedades. ¿Me estás diciendo que lleva dos horas en el quirófano?". Sloane, la mujer de Luca, se burla de la recepcionista. "¿Qué están haciendo, transplantándole el hombro? O tienes noticias, o no las tienes".

La recepcionista suelta un pequeño resoplido a Sloane antes de cerrar de golpe el separador de plástico que las separa, cortando de hecho la comunicación. Yo esperaba que un comisario municipal actuara con un poco más de corrección, pero Sloane golpea con los puños el mostrador que tiene delante y suelta un gritito. "¡Quiero hablar con tu jefe!" Ella exige.

"Menudo comportamiento de Karen", oigo susurrar a Nicolette unos asientos más allá.

"Shh", dice Stefano con una sonrisa pálida, "si nos consigue algunas respuestas, entonces que sea la mayor Karen que el hospital haya visto nunca".

"¿Señora Valenti?" Un puñado de cabezas se giran hacia la mujer que está de pie en la puerta. Sus ojos se abren de par en par cuando se da cuenta de que toda su familia debe estar aquí. "Eh, quiero decir, ¿la mujer de Cesare Valenti?".

Raniero frunce el ceño. "No tiene..." Me levanto de la silla antes de que Raniero me descubra. "Soy yo", anuncio en voz alta. "Pero estos son sus hermanos". Señalo a los otros hombres de la habitación.

La enfermera mira de mí a los hombres, y cada cara nueva hace que sus cejas se junten un poco más. "El señor Valenti ha salido del quirófano y está despierto. Quiere ver a su mujer. Puede tener invitados", hace una pausa, "pero no tantos. Puede llevarse a uno de ellos".

"Yo iré", ofrece Raniero. "Seremos su mujer y yo".

La enfermera nos acompaña de vuelta a su habitación, y Raniero me coge de la mano. "Esposa, ¿eh?" Pregunta con una pequeña sonrisa. "¿Me perdí la boda?".

"Algo así", le devuelvo la sonrisa. "Pero no se lo digas a nadie". Lo explicaremos más tarde. Ahora vamos a ver a Cesare, y eso es lo único que importa.





## CESARE

"**S**é sincero conmigo. ¿Me ha atropellado una manada de elefantes salvajes?".

La enfermera sonríe mientras anota mis constantes vitales. "Casi", dice con un guiño.

Es muy guapa. Pequeña, como Kessa, pero un oscuro contraste con el amor de mi vida. "Si estoy fuera de peligro, ¿crees que podrías agarrar a mi esposa? Me gustaría verla". Apenas recuerdo que Kessa se llamara a sí misma mi mujer cuando los paramédicos me subieron a la camilla y empezaron a llevarme al vehículo de emergencias, pero sí lo recuerdo.

Su bolígrafo rasca el papel unas cuantas veces más antes de levantar la vista y asentir. "Claro que puedo. Pero el horario de visitas está a punto de terminar. Tendrás que hacerlo rápido".

"Sólo quiero decirle que estoy bien", le prometo a la enfermera. Y averiguar por qué estaba tan dispuesta a mentir a los profesionales médicos.

La enfermera se marcha y, durante unos minutos, sólo oigo el sonido de las máquinas y de la gente que pasa por fuera. Es casi una sensación acogedora estar sin teléfono que contestar ni televisión que ver. El sol se ha puesto hace tiempo, ahora que han llegado los días de invierno, pero la luna ocupa un lugar destacado en el cielo. No recuerdo la última vez que me quedé mirando intencionadamente a la luna. Es casi surrealista ver la bola blanca y brillante suspendida en el cielo, iluminándolo todo.

La puerta de mi habitación se abre y me saca de mi tranquilo ensueño. Kessa entra corriendo, y sólo tengo un segundo para fijarme en la sangre de su camisa antes de que se abalance sobre mí y me llene la cara de besos. "Te dije que no te hicieras el héroe", me regaña.

Mi hermano mayor, Raniero, está en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Luce una sonrisita de suficiencia mientras observa cómo mi mano buena se acerca para sujetar a Kessa. "Me alegra ver que sigues vivo, hermanito".

"Apenas", gimo. "Parece como si me hubiera pisoteado un circo".

Al oír eso, Francesca se separa de mí y levanta las manos. Me mira con horror. "Dios mío. ¿Te he hecho daño?"

Había algo de presión cuando estaba encima de mí, pero los medicamentos que me dieron los médicos hacían horas extras para contener el dolor. Además, prefería tenerla encima, colmándome de besos, que no tenerla. "No, estoy perfectamente bien, Kes. ¿Es mi sangre?" Cambio de tema antes de que pueda seguir flipando.

Kessa se mira la camisa. Lo que antes era una camisa blanca perfectamente planchada ahora está arrugada y manchada. "Oh, Dios", gime, "sí, lo es. Voy a tener que tirar esta camisa".

"Podemos llevarla a la tintorería", ofrece Raniero. Se acerca a mi cama y me pone una mano en la espinilla. "No me gustaría que perdieras una camisa porque este vago no puede resistirse a una pelea".

"Oye", lo fulmino con la mirada, "el tipo estaba amenazando a Kessa. ¿Qué otra cosa podía hacer?".

Raniero pone los ojos en blanco. "No lo sé, pero atacar al pistolero no parece la primera respuesta".

A decir verdad, no recuerdo haber atacado al tipo de la pistola. Dijo que quería un beso de Francesca e insinuó que podría querer más. Lo siguiente que supe fue que le estaba dando una paliza. Luego me dispararon, Kessa se hizo llamar mi esposa, y me desperté en esta cama. "¿Están los otros tipos en la sala de espera?"

"No seas estúpido," Raniero reprende. "Por supuesto que están. Calliope tiene a los niños. Se ofreció a cuidarlos cuando Francesca me llamó. Mateo se pasó con Marceila antes de aparecer".

"Tienes una buena mujer ahí", sonrío. "No me ofrecería a cuidar a los niños Valenti ni aunque me pagaras".

Raniero resopla. "Cállate. Sí que lo harías. Apuesto a que serás la primera en la habitación cuando Nicolette se ponga de parto".

Kessa se aclara la garganta cuando la habitación se silencia durante unos segundos y comienza a retroceder lentamente. "Yo, iré a buscar a tus hermanos. Deberían estar juntos en un momento así".

"No, cariño", la detiene Raniero. Extiende la mano, la agarra de la muñeca y tira de ella hacia la cabecera. "Informaré a mis hermanos de que el culo acribillado de Cesare está bien. Ustedes charlen. Eres su mujer, después de todo".

Sus mejillas enrojecen y, por un momento, Kessa me da la espalda. Hago lo que puedo para explicárselo. "Los paramédicos dijeron que podía venir en la furgoneta si era mi mujer".

Asiente con la cabeza sabiamente. "Sí, por supuesto. Creo que informaré a todos de que estás a salvo con tu mujercita".

"Cállate." Si pudiera mover el brazo izquierdo, cogería una almohada y se la tiraría.

Cuando Raniero sale de la habitación, cierra la puerta tras de sí, dejándonos solos a Francesca y a mí. Parece haber envejecido diez años en las últimas horas, y sé que es culpa mía. "Escucha, Kessa..." Se le llenan los ojos de lágrimas y eso me impide continuar. "Temía tanto por ti", susurra. "Pensé que ibas a morir. Estabas cubierta de sangre y pálida, muy pálida".

Alargo la mano derecha para tocar la suya. La sensación de su piel caliente bajo la mía alivia mi malestar. "Eso nunca debería haber ocurrido. Nunca deberías haberte visto en esa situación. Si ese hombre te hubiera tocado, no sé qué habría hecho".

"Sólo fue un beso". Apenas puede alzar la voz. "Si te hubiera salvado de estar aquí ahora mismo".

"No pienses así, ¿vale?" Francamente, el hecho de que los ladrones se desviaran del guión es el problema. En cuanto tenga acceso a un teléfono, haré que los maten. No quiero que vayan a la policía o me rastreen, y estoy seguro de que no quiero que se acerquen a Francesca de nuevo. "Se acabó. No podemos cambiar nada. Estoy viva y estoy bien. Está bien, Kessa".

"Está bien", repite. De repente, ya no es la chica fogosa y apasionada de mi juventud que me rechazó cuando la invité a salir. No es la chica que me abofeteó en medio del anfiteatro a la hora de comer cuando se enteró de que había tonteado con Kiersten Karminski. Parece más pequeña, una cáscara de lo que fue. Quiero cogerla en mis brazos y decirle que nadie volverá a hacerle daño.

Pero yo soy la persona que sigue haciéndole daño. Soy la que mandó asesinar a su marido. Soy el que ha roto todas sus relaciones desde entonces. Soy el que hizo que esos tipos nos atacaran hoy en la tienda.

No puedo prometerle a Kessa que nadie volverá a lastimarla porque no puedo prometer mantenerme a raya. Francesca es el amor de mi vida, y sé que debe estar conmigo. La dejé ir una vez y tuvo unos años felices con Peter, pero él ya pasó. Es mi turno de ser feliz para siempre, cueste lo que cueste.



## FRANCESCA

Cesare no pasa mucho tiempo en el hospital. Cuarenta y ocho horas después de ingresar, un médico le da el alta y fijan una fecha para una visita de seguimiento. "No quiero llevar este cabestrillo", le dice al médico.

"Me ayudará llevar el cabestrillo". El médico ni siquiera levanta la vista de su portapapeles. Creo que todo el mundo está harto de las quejas de Cesare. Es el peor tipo de paciente, e incluso su enfermera favorita se alegra de que se vaya.

Cesare intenta mover el brazo, pero no hace lo que él quiere y emite un suspiro de frustración. "Doc, soy fisioterapeuta. Créame, sé lo que tengo que hacer. No necesito tener el brazo en cabestrillo; necesito usarlo para que el músculo se fortalezca".

El suspiro del médico suena tan frustrado como el de Cesare, pero apuesto a que por un motivo distinto. "Ha atravesado los nervios del brazo, señor Valenti. Necesitan tiempo para curarse antes de que pueda empezar a estirarlos. Como fisioterapeuta", empieza con sarcasmo, "debería saberlo".

Estoy seguro de que cuando Cesare abre la boca es para crucificar al pobre médico, pero le agarro la mano y se la aprieto hasta que se calla. "Gracias, doctor. Me aseguraré de que Cesare acuda a su cita la semana que viene. Vamos, cariño". Le clavo una mirada que dice que no me presione.

El médico sale de la habitación y suelto la mano de Cesare. "Tienes que ser más amable con la gente que te ayuda".

Cesare salta de la cama del hospital y frunce los labios momentáneamente antes de sacudir la cabeza en señal de desacuerdo. "No. La única persona con la que tengo que ser amable eres tú. Y eso porque no puedo conducir con el brazo en cabestrillo". Levanta la voz para la última mitad de su frase como si el médico estuviera esperando fuera de la habitación, escuchándole.

"Cállate". Me giro para coger la bolsa del hospital que sus hermanos trajeron ayer y me la cuelgo del hombro.

"Oh, caramba", Cesare sacude la cabeza, "dame eso". Extiende la mano buena y hace un gesto de "dámelo" con los dedos.

Me alejo unos pasos. "Ya lo tengo. No estoy indefenso. No soy el que ha recibido el disparo".

Es su turno de poner los ojos en blanco. "Me dispararon intentando hacer algo bueno por ti, loca. Ahora dame la bolsa". Me sigue y le conduzco a la puerta.

"Déjame hacer esto por ti", le ruego mientras llegamos al pasillo. "Me defendiste de ese tipo. Lo menos que puedo hacer para agradecértelo es intentar que las próximas semanas sean más fáciles para ti".

Cesare parece querer discutir. Le educaron para ser un caballero, estuviera o no en su lecho

de muerte. Pero le suplico con la mirada, y algo dentro de él cambia porque accede a dejarme llevar la bolsa. "Pero no puedes cuidar de mí", me dice mientras avanzamos por el pasillo. "Soy un hombre y los hombres varoniles deben cuidar de sí mismos". Pone un falso tono machista e hincha el pecho para completar el look.

"Así es, cariño", le doy una palmada en la espalda. "Pero soy tu mujer y sé lo que es mejor para ti. Por eso todo el mundo te entregará esta tarde comidas de vaciado en crockpot, para que no tengas que preocuparte por la comida durante las próximas dos semanas."

"Mi esposa, ¿eh?" Cesare me mira de reojo.

Asiento con la cabeza. "Eso significa que tienes que hacer lo que yo diga". Estamos entrando en terreno peligroso, pero no creo que me importe.

Cesare muerde el anzuelo. "Solo si me dices que haga cosas sucias", susurra mientras pasamos junto a un par de enfermeras que salen del ascensor.

Me hace sonrojar un poco, pero no me importa. Cesare y yo somos amigos desde hace casi dos décadas. No se puede estar tan cerca de alguien durante dieciocho años sin que se desarrolle un poco de intimidad entre los dos.

Cuando llegamos a casa de Cesare, lo primero que hace es dirigirse a la ducha. "Huelo a antiséptico y a hospital", anuncia con una mueca de disgusto. "Voy a lavarme".

"¡Cúbrete la venda!" grito mientras se dirige escaleras arriba. "¡No soy enfermero, Cesare! No manejo bien la sangre!". Le oigo resoplar antes de que la puerta del baño se cierre tras él. "Pues yo no", murmuro mientras empiezo a prepararle la cena.

El médico le ha dado a Cesare unas vendas para el hombro y le ha dicho que se las cambie una vez al día. Le mencioné de entrada que no se me dan bien las heridas, y se rió de mí, pero la broma va a ser para él cuando me maree y me desmaye si veo sangre.

Ayer llevé una bolsa con cosas a casa de Cesare. Cuando sus hermanos vinieron a visitarlo, me escabullí para recoger mis cosas. Raniero me dio una llave de repuesto y me dijo que si necesitaba ayuda, se lo dijera. También se ofreció a pagar una enfermera a domicilio, pero pensé que a Cesare no le gustaría. Tener a su mejor amigo aquí para ayudar sería agradable, sin embargo.

La nevera está escasamente abastecida y me apunto en la cabeza que mañana tengo que ir al supermercado después del trabajo. He pasado las últimas cuarenta y ocho horas en el hospital. Podría llamar mañana, pero es viernes. Probablemente debería dar la cara y asegurarme de que Bluemont no ha ardidado en mi ausencia.

La ducha se enciende en el piso de arriba y, al cabo de unos segundos, oigo a Cesare empezar a cantar en italiano. No sé qué significa la letra, pero me hace sonreír. Siempre canta en la ducha, y es una de las costumbres más sanas que más me gustan de él.

Pongo música para darle un poco de intimidad y empiezo a intentar preparar una comida con lo que tiene en la nevera. Supongo que los dos estábamos en el supermercado antes del tiroteo, así que es lógico que no tenga muchas cosas. Corto las verduras que quedan en su nevera: espinacas, zanahorias y un pimiento amarillo. Encuentro un tarro de cristal lleno de salsa casera para pasta y lo echo en una olla para que empiece a hervir a fuego lento. Hay una taza de fideos en su armario y una caja de penne a medio comer, así que pongo una olla de agua a hervir antes de echarlos. No es mucho, y no tiene proteínas, pero será suficiente.

Mientras escucho a Justin Bieber, Cesare aparece en la entrada de la cocina. Lleva el cabestrillo en el hombro izquierdo y se apoya en la moldura con el derecho. "Huele bien. ¿Qué

estás haciendo?"

"Sólo un poco de pasta y verduras. No tienes mucha comida. Traeré algunas cosas mañana después del trabajo". Encontré un poco de ajo en la nevera y lo salteé con las zanahorias y el pimiento antes de añadirlos a la salsa.

"¿Vas a ir a comprar por mí?". Pregunta con una ceja levantada con curiosidad y una media sonrisa. "Eso es muy doméstico por tu parte".

Me encojo de hombros porque no sé qué más decir. "¿Te parece bien que duerma en el sofá? Ya traje algunas cosas ayer, pero supongo que debería decirte que voy a estar aquí".

Cesare se aparta de la pared y camina hacia la encimera junto a la estufa. "No hace falta que te quedes, Kes. Puedo cuidar de mí mismo, de verdad. Si todo lo demás falla, puedo llamar a uno de mis hermanos para que me cuide".

"Lo sé". Evito el contacto visual con él removiendo espinacas en la salsa de la pasta hasta que empiezan a marchitarse. "Pero lo tengo por ahora. No es que tú no harías lo mismo por mí si el zapato estuviera en el otro pie".

Tarda unos segundos, pero empieza a asentir. "Supongo que tienes razón. De acuerdo, puedes quedarte. Pero hazme un favor y duerme en la habitación de invitados. Ese sofá te destrozará la espalda". Antes de que pueda responder, se inclina hacia delante y presiona sus labios contra mi mejilla. "Si no lo he dicho ya, gracias por estar aquí".

Se me calienta la cara y toda la sangre se me sube a la punta de la nariz. Si no sonara el timbre, Cesare vería mi vergüenza y me haría preguntas. Pero en lugar de eso, se dirige a la puerta principal.

"¡Eh! ¡Creo que es el coche de Luca!" Me grita mientras pasa por el salón. Unos segundos después, oigo la voz de Luca. Le sigue su mujer, Sloane, que entra en la cocina con tres grandes bolsas de congelados en los brazos.

"¡Ha sido una idea genial!" anuncia Sloane mientras mete las bolsas en el congelador de Cesare. "¡Con Nicolette que sale de cuentas en unas semanas, he podido hacer algunas comidas para ella también!".

La conversación vuelve a la normalidad, y mi cara deja de sentirse como si estuviera delante de un fuego. Se me pasa el rubor y le doy las gracias a Sloane por su ayuda. Pronto, la casa está llena de Valentis, y el congelador de Cesare está repleto de comidas de olla de cocción lenta. Y nadie más que yo se entera de mi vergüenza anterior.





## CESARE

Es raro tener a Francesca cerca todo el tiempo, pero raro en el buen sentido.

Todo el mundo sueña con vivir con su mejor amiga. Algunos sueñan con ello en el instituto; otros lo hacen cuando se hacen mayores. Crees que te lo vas a pasar como nunca y luego empiezas a discutir porque uno de los dos es más organizado que el otro, o porque alguien deja cuchillos de mantequilla en la encimera por si quiere hacer una segunda tostada. Pero no es así entre Kessa y yo.

Ella se levanta a las 5:30 cada mañana para prepararse para el gimnasio. Vuelve a casa a las 6:45 y la cafetera empieza a prepararse unos minutos más tarde. Mientras ella se ducha, yo me levanto a preparar el desayuno. A ella le gusta un panecillo tostado con aguacate y huevos revueltos. Le preparo una taza de café cuando oigo cerrarse la ducha y, cinco minutos más tarde, está abajo con un traje pantalón y sus mechones rojos recogidos. Nos sentamos y charlamos durante media hora sobre lo que vamos a hacer durante el día antes de separarnos. Somos una máquina bien engrasada.

La cena es un asunto fácil la mayoría de las noches. Kessa hizo que todos mis hermanos y sus esposas prepararan comidas para que yo las pusiera en una olla de cocción lenta. Ella saca la comida del día siguiente para descongelar antes de ir a trabajar, y yo pongo la cena de hoy en la olla de barro antes de reunirme con mis hermanos. Cuando llegamos a casa, la casa huele delicioso y la cena ya está hecha.

Es la relación más sana que he tenido nunca, y ni siquiera es una relación. O, francamente, sana. Pero estoy deseando que esté por aquí y temo el día en que decida marcharse.

"Creo que te podrás quitar el cabestrillo dentro de una o dos semanas", me dice el médico en la revisión de las dos semanas. "Entonces te meteremos en fisioterapia e intentaremos aumentar tu movilidad. ¿Siente algún dolor?".

Tengo un frasco de hidrocodona sin tocar en casa. "La verdad es que no. Aunque he estado tomando Tylenol e Ibuprofeno, como me sugirieron".

El médico asiente con la cabeza. "Funcionan de maravilla para el dolor y la inflamación. Pero si tiene un dolor extremo, tome la hidrocodona que le receté. Si no lo haces, sólo estás pidiendo volver a lesionarte".

Y si lo hago, estoy pidiendo una adicción a los analgésicos. Tomé hidrocodona después de que me sacaran las muelas del juicio, y me hicieron sentir como un loco y feliz. Si tuviera una personalidad adictiva, me habría costado dejar de tomarlas. "Por ahora estoy bien, doctor. ¿Cree que recuperaré toda la movilidad?".

Se encoge de hombros. "Sí y no. Nunca tendrás el alcance que tenías antes de que te dispararan, pero con suficiente fisioterapia estarás bien. Aún podrás estirarte por encima de la

cabeza, pero quizá no puedas hacer flexiones. Lo cual está bien porque hay muchos otros ejercicios que puedes hacer para mantenerte en forma". No sé si creerle.

Mi teléfono suena cuando salgo de la consulta del médico, y la cara de Mateo aparece en la pantalla. "Hola", saludo, "¿qué pasa?".

"He encontrado a los chicos". Sin preámbulos, directo al grano. "Huyeron a Florida, si puedes creerlo. No sé qué iban a hacer allí, pero mis chicos los tienen. Están en un avión de vuelta a Kansas".

"Bien. Van a pagar por lo que hicieron". Tuve que contarles a mis hermanos lo que había pasado. Esperamos hasta salir del hospital, por supuesto, pero les expliqué toda la situación.

Stefano me llamó idiota y dijo que tenía lo que me merecía por intentar empujar a Kessa hacia mí cuando podría haberme limitado a invitarla a salir. Raniero pensó que era un poco de manipulación aguda. Mateo se ofreció para rastrear a los chicos y utilizó un puñado de miembros de la familia Valenti y un par de chicos de los Kings Of Carnage MC. Entre la media docena de hombres que tenía trabajando en el caso, todavía tardaron dos semanas en encontrar a los bastardos que amenazaron a Kessa y me dispararon.

"No sé si podemos matar a uno de estos tipos", añade Mateo después de unos momentos de silencio. "Está relacionado con Mayhem del KOC. Es como un primo segundo o algo así. Así es como fueron capaces de encontrarlo tan rápido".

Aprieto la mandíbula y siento un rayo de dolor en un lado de la cara. "Si es el que me disparó, Mat, lo juro por Dios".

Mateo se apresura a asegurarme que es con el que no tuve contacto real. "Más o menos estaba haciendo lo que tenía que hacer", dice con un deje de ambivalencia en el tono. "Supongo que follaba con algunas de las otras personas de la tienda. Básicamente, les daba patadas en las costillas a los tíos y les pedía a las señoras que se levantaran la falda o algo así, pero no hacía nada demasiado censurable".

No me gusta que acosara a las mujeres, pero supongo que podría haberlo hecho peor. Podría haber sido como el pedazo de escoria que quería tocar a Kessa. "De acuerdo. Si alguien tiene que vivir, puede ser él. Pero yo personalmente estoy golpeando la mierda del tipo que me disparó. No me importa si está relacionado con Dios. Le voy a dar una paliza, y eso no hay quien lo pare".

Voy a darle una paliza. No me importa si pasa el resto de su vida comiendo a través de una pajita. Le di una tarea de ciruela que implicaba asustar a un montón de gente, conseguir un montón de dinero por ello, y luego seguir su camino. Lo llevó demasiado lejos, y ahora tiene que pagar las consecuencias. Estoy seguro de que preferiría pasar el resto de su vida en la cárcel antes que enfrentarse a mí, pero esta es la elección que hizo en lugar de ir a la policía.

"¿Cómo te va con Kessa?" Oigo Mateo entrar en un coche. La puerta se cierra detrás de él unos momentos más tarde, la radio se enciende a todo volumen. Rápidamente baja el volumen y la música se apaga.

"Es todo lo que siempre he pensado que sería. Somos perfectos juntos, tío". Y en una semana o dos, cuando me quite el cabestrillo, se irá a casa y volveremos a ser sólo amigos.

Mateo hace unos sonidos al otro lado del teléfono antes de decirme que tengo que cerrar esto. "No más juegos, Cesare. No más joder con sus novios y mierdas así. Sólo invítala a salir. Ustedes han estado unidos por la cadera desde que mataste a Peter. Hazlo oficial de una vez".

Suena bien en teoría, pero no estoy seguro de si funcionará como yo quiero. Francesca y yo estuvimos a punto de volver a salir una vez en la universidad, después de una borrachera antes de que conociera a su marido. A la mañana siguiente, se arrepintió de haberse acostado conmigo y me hizo prometer que no volvería a ocurrir. Si no hubiera conocido a Peter unas semanas más

tarde, quizá habríamos vuelto a encontrarnos.

"Haré lo que pueda". Las palabras suenan huecas al salir de mi boca.

Mateo se burla. "Si tú no haces que suceda, Cesare, yo haré que suceda".

No sé qué quiere decir con eso, y no quiero averiguarlo. "Dame unos días. Esto no es un trabajo, Mat; es mi vida".

"Si tú lo dices", añade escéptico, "pero estás haciendo una mierda dirigiéndolo".

No se equivoca. Un hombre más inteligente habría evitado todo este drama pidiéndole una segunda oportunidad a Francesca hace años. Pero nunca he pretendido ser inteligente.



## FRANCESCA

He estado en casa bastante esporádicamente durante las últimas tres semanas. Me paso cada dos por tres para regar las plantas y coger más ropa. A veces cojo alguna especia de mi armario que Cesare no tiene, o vuelvo a media tarde para recoger algún papel que necesito para una reunión de trabajo. En general, me siento como si me hubiera mudado a casa de Cesare.

Su casa es bonita y abierta, mientras que la mía es un poco más antigua. No hay una sala de estar y una cocina de concepto abierto para que la familia socialice. Mi cocina está separada del comedor, que apenas da al salón, situado a unos metros. Es refrescante estar en Cesare's, donde puedo ver quién viene a una milla de distancia. Soy una persona paranoica por naturaleza, y estoy convencida de que algún día alguien entrará en mi casa, por eso he trazado una salida desde cada habitación de mi casa. Pero si en mi casa hay rincones oscuros en los que se puede esconder un extraño, no se puede decir lo mismo de la de Cesare.

Quizá por eso no volví a casa hace una semana, cuando Cesare regresó de su cita con el médico y me dijo que le quitarían el cabestrillo en una o dos semanas. Sabía que ya se lo quitaba para conducir y que utilizaba el brazo cuando no debía. Razonablemente, podría haber vuelto a casa porque sabía que ya no necesitaba mi ayuda. Pero arrastrar todas las cosas que había traído a su casa hasta la mía me parecía una tarea ingente. Decidí quedarme hasta estar segura de que ya no me necesitaba.

Si me hubiera ido a casa antes, quizá no estaría en el suelo de mi cocina descontrolada.

He sido paranoica desde que tengo memoria. Mi madre solía decirme que los profesionales lo llamaban ansiedad, pero yo asumía que venía de ver películas de terror a una edad temprana. Creo que me ayudó a comprender los peligros que había ahí fuera. Podían entrar en tu casa, secuestrarte, torturarte o matarte mientras dormías. Todo es posible en las películas de terror, y verlas me ayudó a prepararme para lo que siempre creí que era inevitable.

Sin embargo, creo que nunca pensé que alguien entraría en mi casa para torturarme. No hasta que lo vi de pie en el salón, con una máscara negra y una carta en la mano.

Él.

El villano ficticio de todas mis pesadillas y pensamientos acelerados.

Él.

La persona de la vida real que ahora estaba sentada en mi sofá con un sobre en la mano.

"Esperaba que estuvieras aquí hoy". Puedo oír la sonrisa en su tono. "Eres una chica difícil de localizar".

¿Mi primer pensamiento? Esto tiene que ser sobre Cesare. Son los ladrones de la tienda de

comestibles. Averiguaron quién era y me rastrearon. Están haciendo esto para vengarse de Cesare por darle una paliza a su amigo.

"Intenté entregar el correo en tu trabajo. Puse un par de cartas en tu buzón, pero tu molesto vecino seguía sacándolas. Creo que pensó que estaba haciendo algo nefasto, y seamos sinceros, no se equivoca". Sus ojos son castaño oscuro. Mide 1,70, quizás 1,80. Pecho de barril. Parece que podría matarme de un puñetazo.

Memorizo estos detalles. Si salgo vivo de esta, tendré un punto de partida para la policía. Después de todo, tiene una forma particular.

"Pero parece que eres un profesional en evitarme. Es casi como si supieras lo que vengo a decirte". Se levanta de la silla verde oscuro que Peter y yo compramos juntos en Nebraska Furniture Mart un año antes de que muriera. La guardé como recuerdo de mi marido, pero ahora creo que voy a tener que quemarla. "¿Sabes lo que vine a decirte, Francesca?"

En una situación de lucha o huida, siempre he sido una luchadora. Salgo golpeando porque soy pequeña. Sé que si no empiezo a golpear, me golpearán. Pero algo en esta figura enmascarada y vestida de oscuro me hace entrar en pánico. En lugar de luchar, me paralizó. No puedo correr, no puedo moverme, ni siquiera puedo abrir la boca para responder a su pregunta. Un pensamiento absurdo cruza mi mente: Estoy deseando decirle a mi madre "te lo dije" cuando se entere de que han entrado a robar en mi casa.

"¿Te ha comido la lengua el gato?" Pregunta chasqueando la lengua. "Supongo que es la venganza de Lucky porque le echaste después de la muerte de tu marido".

Es un hermoso día de primavera. Algunos dirían que hace un calor inusual. Pero un escalofrío me recorre la espalda cuando menciona el gato que compartíamos mi marido y yo. "Eso no es lo que pasó". Son las únicas palabras que no se me atascan en la garganta.

"Así que hablas", sonrío. "Pensé que lo harías. Te he oído hablar mucho, Francesca Scot. Te he oído en asambleas escolares. Te he oído en restaurantes. Te he oído en bares. Eres un parlanchín".

Lo conozco; podría ser un padre. Lo que significa que si sabe el nombre de nuestro viejo gato, nuestra relación se remonta a una eternidad. Creo que voy a vomitar.

"Me imaginé que ya que parece que no puedo hacerte llegar el mensaje por medios ordinarios, intentaría medidas extraordinarias. Tienes una bonita casa aquí". Mira a su alrededor mientras se acerca a mí. La puerta principal está a pocos centímetros; mi mano sigue en el pomo. Todo lo que tengo que hacer es abrirla de un tirón y correr. Si empiezo a gritar, alguien saldrá y me ayudará. Alguien llamará a la policía.

"Aunque no es tan bonito como el de Cesare", comenta al cabo de unos instantes. "No he estado dentro, claro, pero lo he mirado en Zillow. Las fotos de cuando la compró todavía están en línea. ¿Qué hizo con la bañera de hidromasaje del baño principal? Parecía que necesitaba un poco de TLC serio en las fotos en línea".

¿Conoce a Cesare? ¿Está relacionado con la familia Valenti? Siempre supe que mi relación con ellos me metería en problemas.

"Vamos, Francesca", se burla. "No es divertido hablar solo. Ven aquí y charlemos". Ahora está a sólo tres metros. Si abro la puerta principal y corro, tengo un 50% de posibilidades de lograrlo. Cada paso que doy reduce mis posibilidades. "Si no lo haces, me presentaré en casa de tu novio. Haré un tour en persona de su linda casita mientras lo clavo a una pared y le corto la lengua."

Mi novio. Cesare. "No estamos saliendo", admito con cara de tonta.

Golpea con el puño la pared más cercana, dejando un agujero a su paso. "No te hagas la tonta

conmigo, zorra. Sabes de quién hablo. Si quieres volver a hablar con él, empezarás a jugar a la pelota".

Nadie habría sospechado que yo sería la razón por la que Cesare estaba siendo amenazado. ¿En qué universo tiene eso algún sentido? "¿Qué quieres?"

"Primero, siéntate conmigo. Hace tiempo que no charlamos, Francesca. Me encantaría saber qué te traes entre manos". Hace un gesto hacia el salón como si yo fuera una invitada en su casa. No tengo más remedio que alejarme de mi oportunidad de libertad y meterme en la boca del lobo. "No has hecho ninguna de las reformas de las que hablasteis Peter y tú", frunce el ceño. "Pensé que ibas a abrir la cocina para que pareciera un poco más espaciosa".

Tenía muchos planes después de la muerte de Peter. Hablar de lo que iba a hacer con nuestra casa fue una de las únicas cosas que evitaron que me volviera loca cuando murió mi marido. "No tenía tiempo ni dinero", admito tras unos largos y tensos momentos.

"Pero tuviste tiempo para que viniera un agente inmobiliario a ver la casa". Dios, ¿hay algo que este hombre no sepa de mí? "Francesca, escucha, no quiero arruinarte el día. Tengo una esposa e hijos en casa que les encantaría que estuviera allí. Pero sólo puedo pagar los miles de dólares para que mi hija tome clases de gimnasia y danza todo el año si trabajo. Estoy aquí por trabajo y, francamente, a mi jefe le molesta que haya tardado tanto en llegar hasta usted. Así que coge la carta y me voy".

Más piezas del jodido puzzle empiezan a encajar. Por desgracia, sigo sin poder distinguir la foto.

El desconocido enmascarado me entrega un pequeño sobre blanco del tamaño de una tarjeta de visita. Es el tipo de sobre que verías en un ramo de flores. Dentro hay el tipo de tarjeta en la que estarían escritos los mejores deseos, las felicitaciones o un te quiero. En su lugar, hay un solo nombre.

Eric Benson.

La cabeza me da vueltas y los ojos me brillan. No me doy cuenta de que estoy arrugando la tarjeta hasta que el desconocido me coge la mano.

"Ah, ah, ah", me reprende. "Que tires las pruebas no significa que mi jefe no se entere de esta reunión".

"Fuera de mi casa". Dejo caer la tarjeta al suelo y me arranco el brazo de su agarre. "Dile a tu jefe que no puede hacerme daño. Peter está muerto. ¿A quién se lo va a decir?"

No veo que el desconocido enarce una ceja, pero suelta un bufido curioso. "¿A quién no se lo va a decir? Sigues trabajando con él. Seguro que a todo el distrito le encantaría saber que el superintendente se lió con una profesora muy casada y muy joven. ¿Fue hace ocho años? ¿O nueve?"

Ocho, ¿pero quién lleva la cuenta? "Vete antes de que llame a la policía." Las palabras son huecas, como mi amenaza.

"Nos vemos, Francesca. Saluda a tu novio de mi parte".





## FRANCESCA

*M*e casé con Peter cuando tenía veintitrés años.  
Tuve una aventura a los veinticuatro.

Estoy sentada en el suelo del salón, rodeada de todos los recuerdos de Peter: la silla que compramos juntos y de la que ahora tendré que deshacerme, las fotos de nuestra boda que aún están en la pared, la cabeza de ciervo montada de la única partida de caza que hizo con sus hermanos. Está en todas partes. Han pasado cuatro años y he salido con un puñado de hombres desde que murió, pero mi casa es un santuario del hombre al que una vez amé.

Sin embargo, no siempre he sido tan devota a él.

Nuestro primer año de matrimonio fue duro. Acabábamos de empezar a trabajar juntos en la escuela primaria Bluemont cuando descubrimos que estaba embarazada. Estaba aterrorizada. Era como si nosotros mismos fuéramos bebés. No podía imaginarme criando a un niño yo sola. Cuidarlos unas horas al día era una cosa, pero se iban a casa a las tres de la tarde.

Pero no tuve que preocuparme mucho tiempo. Un viaje a urgencias debido a una hemorragia espontánea nos dejó con la noticia que ninguna pareja quiere oír jamás. "Tienes un útero bicorné completo", nos explicó el ginecólogo. "Eso significa que tu útero tiene forma de corazón en lugar de ser redondo. Durante el embarazo, el útero se expande para dar cabida al feto en crecimiento. Por desgracia, tu útero no se expande correctamente debido a la forma irregular". Fue muy amable y me explicó las complicaciones de quedarme embarazada con la forma específica de mi útero. "Hay posibilidades de abortos, partos prematuros, hemorragias, hipertensión inducida por el embarazo..." Enumeró lo que me parecieron una docena de complicaciones, pero dejé de escuchar. Sus palabras sonaban como el océano mientras mi vista se nublaba y todo se oscurecía. Me desperté unos instantes después, con el estetoscopio del médico apretado contra mi pecho y Peter abanicándome como si fuera una diosa egipcia. Menos mal que ya estaba tumbada porque el ginecólogo dijo que me había desmayado.

Por último, me explicó que tener un útero bicorné no significaba que no pudiera tener hijos. Aunque había un mayor riesgo de complicaciones, la cirugía era una opción para arreglar mi útero. "Eso también conlleva algunas complicaciones", se movió incómoda, "pero la probabilidad de quedarse embarazada y llegar a término aumenta drásticamente".

Peter estaba dispuesto a que el ginecólogo me abriera allí mismo, pero le dije que no. Nunca llegó a entenderlo. Peter me acusó de negarle una familia. En realidad, sólo tenía miedo. Ya había perdido un bebé; no quería perder otro. Me parecía más fácil seguir viviendo con lo que ya tenía.

Pero mi marido no se quedó a mi lado. Supongo que no le culpo. Tenía tantas ganas de tener un hijo como de respirar. Vio mi negativa a operarme como una negación de sus derechos. Una noche llegó a casa borracho y me echó la bronca por no darle lo único que me había pedido. Fue una de las únicas veces que le vi realmente enfadado. "No me importa si tenemos una docena de abortos, Fran. Podemos hacerlo. Tú y yo. Podemos superar cualquier cosa."

Aunque no habríamos sido él y yo. Le habría pasado factura emocionarse cada vez que me quedaba embarazada y luego decepcionarse cuando pasaba algo malo. Al final, sólo sería yo la que viviría el dolor y la lucha. Y me negué.

Apenas nos hablamos durante seis meses. Íbamos a trabajar y nos ignorábamos. Volvíamos a casa y nos ignorábamos. Íbamos a cenas con nuestros amigos y nos ignorábamos. Creo que por eso fue tan fácil enamorarme de Eric Benson cuando me pidió que quedáramos para tomar un café.

"Llevas enseñando cuánto, ¿seis meses? ¿Ocho meses?" Preguntó con una sonrisa que me hizo flaquear. "He oído hablar de ti probablemente una docena de veces desde que empezaste en Bluemont".

Pensé que me iban a despedir; me hacía sentir como si estuviera en la cima del mundo.

"Los padres me han llamado a diestro y siniestro para contarme que sus hijos iban retrasados en lectura y que usted los puso al día en seis semanas. He oído que has reavivado la pasión de un alumno por la escuela, y ese alumno ni siquiera estaba en tu clase". Estaba más impresionado por mis logros que yo mismo. "Tiene un verdadero talento para la enseñanza, Srta. Scot. Llega a los alumnos de una forma que nunca he visto a otro profesor del distrito. Creo que le vendría bien dar un seminario sobre cómo relacionarse con los alumnos y ponerse a su nivel".

A Peter no le importaba que pasara las tardes con Eric. Los dos nos reunimos para redactar manuales sobre cómo hablar a distintos tipos de alumnos y cómo empatizar con luchas por las que nunca habíamos pasado. Creo que no aporté nada especialmente perspicaz a la discusión, pero Eric me elogió como si acabara de abrir la puerta del cielo.

"Ojalá todos los profesores se preocuparan como tú". Era una frase inofensiva, pero la pronunció después de unas copas de vino un viernes por la noche. Acabábamos de terminar de trabajar en una clase que se iba a mostrar en la siguiente jornada de desarrollo profesional del distrito. De algún modo, acabamos besándonos.

No recuerdo quién empezó, pero no importa. Él sabía que yo estaba casada; yo sabía que él era casi veinte años mayor que yo. Su edad y su sabiduría le hacían más atractivo. Hice lo mismo que mantuvo a Cesare y a mí separados durante todos estos años. Y lo hice sin arrepentirme.

Nuestro romance floreció como una flor en primavera. Nunca me preguntó por Peter y nunca lo mencioné. Mi marido y el trabajo de Eric eran conversaciones tabú que no queríamos tener. Durante tres meses, pasamos de puntillas sobre los temas delicados y nos pasamos todo el tiempo en la cama. La pretensión de trabajar en el desarrollo profesional desapareció en cuanto empezamos a salir.

Traté a Peter como siempre lo había hecho. Fui educada cuando era necesario y si me preguntaba dónde estaba, se lo decía. Pero nunca le informé de que tenía una aventura con el superintendente del distrito. No es que quisiéramos ser felices para siempre. Ambos buscábamos algo que sólo el otro podía satisfacer. Eric quería volver a sentirse joven y yo quería sentirme amada.

Un día, algo dentro de Peter se rompió. Dejó de enfadarse conmigo y, en su lugar, me hizo café una mañana. Tardó una semana en reintegrarse lentamente en mi vida, pero un día me desperté y estaba acurrucado a mi lado en el dormitorio de invitados. Volvimos a nuestras vidas

como si nada hubiera pasado.

Terminé inmediatamente con Eric, alegando una reconciliación con mi marido. No estaba enfadado ni nada por el estilo. Dijo que lo esperaba y nos deseó lo mejor. En toda la historia, nunca hubo una ruptura tan amistosa como la nuestra.

Juré llevar nuestro secreto hasta la tumba. Lo había hecho bastante bien; Peter estaba muerto y el secreto seguía enterrado. Pero el extraño enmascarado tenía razón.

Nuestra aventura de hace ocho años podría hacer saltar por los aires algo más que mi matrimonio perdido. No hace falta que Peter esté vivo para que yo lo pierda todo. Eric era una figura de autoridad sobre mí y yo era una profesora recién casada. Yo apenas tenía veinticuatro años y él cuarenta y tres. Debería haberlo sabido; eso es lo que dirán todos. Aunque consiga conservar mi puesto de directora de la escuela primaria Bluemont, no lo querré. Las calumnias y las habladurías resonarán por los pasillos como una campana. Los padres exigirán mi sustitución.

Toda mi vida se ha puesto patas arriba en cuestión de momentos y soy impotente para detenerlo. ¿Qué hago para evitar que esta bomba de relojería me explote en la cara?

Siempre imaginé que cuando alguien entrara en mi casa, me mataría antes de llevarse todo. Nunca pensé que entrarían en mi casa, me amenazarían y me dejarían abocada a la ruina más absoluta, sabiendo que nada de lo que pueda hacer impedirá que suceda.



## CESARE

"¿Que has hecho qué?" Miro sin pestañear a Mateo y en silencio le pido que se ría. Quiero que esto sea una broma. Más que nada, quiero que esto sea su idea de bromear conmigo.

"Mat no bromea". Bambi entra en la cocina con Marceila en la cadera. Lleva un vestido muy favorecedor, y Mateo se da cuenta al mismo tiempo que yo. Sus ojos se dilatan y parece indeciso entre terminar la conversación conmigo o abofetear a su mujer. "Celly y yo vamos al supermercado. ¿Necesitas algo?"

El rostro de Mateo se suaviza al mirar a su hija. "¿Quieres que la cuide?". le ofrece.

Bambi se inclina para besarle. "No, yo me encargo. De todas formas vamos a ir primero al parque".

Se lo piensa unos segundos mientras su mujer recorre la cocina cogiendo las cosas que necesita. Unos pañuelos para meter en la bolsa de los pañales. Un vaso con agua para Marceila. Sus bolsas de la compra reutilizables. Se las arregla para recogerlo todo mientras sostiene a su hija en brazos. Es una auténtica superheroína. "Si se te ocurre algo, mándame un mensaje. Estaremos en el parque una hora, así que tienes tiempo. Me alegro de verte, Cesare", me sonrío, "espero que tu brazo esté mejor. ¿Alguna vez atraparon a los tipos que intentaron robar en Dillons?"

No. Y nunca lo harán, pienso. A uno le dieron una paliza y lo mandaron al hospital con una pierna rota. Su relación con los Reyes es lo único que le salvó. Los otros dos están muertos. Se deshicieron de sus cuerpos en un lugar desconocido, lo que significa que les dije a mis chicos que no me dijeran dónde los habían tirado. Buena suerte a la gente que los encuentre dentro de veinte años. "La policía no ha dicho nada sobre una captura, pero está bien. Mi brazo está casi 100% curado. El médico dijo que puedo empezar la fisioterapia en unos días, y luego es volver a tratar de enseñar a Gabriel cómo lanzar una bola curva".

Mateo resopla con burla. "Como si Nerón te dejara enseñar a su hijo a lanzar una pelota. Siempre se le dieron mejor los deportes que a ti".

"¡Eh!", rependo a mi hermano mayor con la mirada. "¡Yo era bueno en los deportes!".

"No", corrige Mateo, "Kessa era buena en los deportes. Sólo mejoraste un poco cuando los dos estabais saliendo. Tus talentos están en otra parte".

"Ni siquiera tienes talentos", murmuro petulante antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

Bambi observa las voleas que van y vienen entre los dos con una pequeña sonrisa en la cara. "Independientemente de los talentos que tengas o no -me ofrece con una sonrisa-, me alegro de que estés mejor. Hazme saber si hay algo en lo que pueda ayudarte".

Cuando sale de la cocina, Mateo se vuelve hacia mí y me dice: "No necesitas a mi mujer. Tienes una propia".

Sacudo la cabeza con frustración. "No, lo que tengo es una buena amiga que me ha ayudado en un momento difícil. Ya te lo dije. Te dije que también trabajaría para invitarla a salir. Dijiste que me darías tiempo para hacerlo. Dijiste, Mateo. Así que, ¿qué coño?"

La sonrisa de su cara es tan amplia que ni siquiera puede negar de lo que le estoy acusando. "Soy un hacedor, César. Ya lo sabes. Así es como recuperaré a mi chica".

Sí, acechó a Bambi hasta que estuvo demasiado débil para decir que no. Ella era un maldito ciervo en los faros cuando él se acercaba, y él se aprovechaba de eso. "Yo no diría que nuestros métodos son similares." El sarcasmo gotea de mis palabras como si hubieran sido sumergidas en una cuba.

La respuesta de Mateo es calculada. "¿Quieres decir que no es lo mismo contratar a unos tipos para que disparen en el Dillons local que contratar a un tipo para que investigue el pasado de Francesca? ¿Es porque nadie terminó muriendo como resultado de lo que hice?"

Deslizo la lengua por mi labio inferior para darle a mi cerebro unos segundos más para calmarse antes de que explote. Sé que Mateo está tratando de ser útil, pero lo está haciendo de la manera equivocada. "Te dije que esperarás, Mat".

"Y no se me da bien esperar, César". Se encoge de hombros. "Tú querías a la chica; yo te consigo a la chica. De hecho, deberíamos haber hecho esto hace años. ¿Puedes creer que tuvo una aventura con el puto Superintendente del distrito? ¿Mientras estaba casada?" Mateo sacude la cabeza con asombro. "Te lo reconozco, desde luego es más interesante de lo que pensaba. No es que haya nada malo con Kessa", añade rápidamente, "simplemente no es mi velocidad".

"Sí, tu velocidad son las mujeres que te encierran durante tres años".

"¿Sabes qué?", Mateo fulmina con la mirada, "muérdeme. Al menos soy feliz. ¿Qué coño eres, Cesare?". Cuando no respondo inmediatamente, asiente con la cabeza como si tuviera razón. "Exacto. No eres nada. Te estoy haciendo un puto favor, ¿vale? Conseguí trapos sucios de la chica, y ahora ella vendrá corriendo a ti. Estarás allí para consolarla, decirle que todo va a estar bien, bla, bla, bla. De nada".

Entre dientes apretados, le digo que nunca le he dado las gracias.

"Deberías haberlo hecho, gilipollas desagradecido. Hice lo que a ti te ha dado miedo hacer estos últimos años. Peter murió hace como media década". Sólo han pasado cuatro años, pero nadie lleva la cuenta. "Esperaste un año como cualquier buen hombre haría. Luego, cuando Francesca empezó a salir de nuevo, sabotaste sus relaciones. En vez de decirle que habías madurado y crecido y que querías estar con ella, actuaste como su mejor amigo gay. La ayudaste en las rupturas. Le decías que era guapa y le dabas confianza. Luego te tirabas a alguna tía y arruinabas cualquier credibilidad que pudieras haber tenido con ella. Tú te lo buscaste, Cesare. Hice lo que tú no fuiste lo suficientemente hombre para hacer".

La conversación casi llega a las manos. En mi mente, ya puedo verme lanzándome al otro lado de la mesa y dándole una paliza a mi hermano mayor. Al final, los dos saldríamos ensangrentados y sin solución a nuestros problemas. "¿Y qué se supone que debo hacer ahora, Mat? Ya que parece tener todas las respuestas".

"Esperas a que ella venga a ti", dice con calma. "Entonces te ofreces voluntario para salvar el día. Dile que vas a encontrar al chantajista y a ponerle en su sitio. Asegúrate de que se quede contigo durante ese tiempo. Sé muy amable con ella. Sé un buen novio. Y cuando todo esté dicho y hecho, invítala a salir. Habrás demostrado que puedes cuidar de ella, y si discute, dile que no es mejor que tú. Puede que tú hayas engañado cuando erais niños, pero ella ha engañado como adulta. En todo caso, ella es un pedazo de mierda más grande. Pero francamente, los dos sois una mierda, y estáis hechos el uno para el otro".

No es muy elocuente, pero Mateo llega al corazón del problema. Quiero terminar con Kessa; él nos ha proporcionado una manera. Es increíblemente manipulador, pero tal vez es lo que tiene que suceder. Francesca Scot es mi alma gemela; ya era hora de que se diera cuenta.





## FRANCESCA

**S**i alguna vez tienes problemas, dímelo. Lo resolveremos juntos.

Tenía diecisiete años cuando Cesare me dijo eso. Estábamos en un campo emborrachándonos un viernes por la noche, como suelen hacer los chicos de Kansas. Yo había bebido un par de copas de vino con el estómago vacío y no conocía la bebida. Sentía que las tripas se me retorcían y estaba segura de que iba a vomitar en cualquier momento. Cesare me sujetó el pelo y me ayudó a emborracharme. No llegué a vomitar, pero tuvimos una charla íntima.

Mientras disfrutábamos del resplandor de las llamas y sentíamos el calor de la hoguera en la cara, le pregunté a Cesare por su familia. Me dijo que, si se enfadaba, siempre podría echarle la culpa a que estaba borracho. "¿Tu familia hace cosas ilegales?". El momento era tenso, y se me revolvió aún más el estómago. Si se enfadaba, vomitaría.

Pero en lugar de eso, me rodeó los hombros con un brazo y tiró de mí. "Mi familia hace lo que tiene que hacer para proteger a los suyos. El mundo no siempre ha sido amable con los italianos, sobre todo en Estados Unidos. Eso significaba que muchos grupos se formaban bajo un nombre familiar fuerte para protegerse unos a otros." Sabía lo que decía, pero me limité a escuchar. No quería que dejara de hablar. Cada palabra que pronunciaba era como un bálsamo para mi estómago inflamado.

"Mi abuelo era un hombre muy poderoso, pero cuando llegó a Manhattan, lo menospreciaron a él y a otros como él. Así que formaron su propia pequeña familia. A veces las cosas que hacían no eran legales para los estándares actuales", explicó, "pero eso les protegía. Es una tradición que heredó mi padre y que también heredará Raniero. Y, hasta cierto punto, a mí mismo".

Aunque el fuego ardía y notaba unas gotas de sudor en la frente, un escalofrío me recorrió la espina dorsal. "¿Qué quieres decir?"

Cesare me besó la coronilla y me dijo que no me preocupara. "Pero que sepas que si alguna vez tienes problemas, dímelo. Lo resolveremos juntos. No estás en esto de mi familia, pero eres tan importante para mí como mis hermanos. Siempre estaré aquí para ti, Kessa".

Cesare es la primera persona a la que acudo cuando puedo levantarme del suelo del salón. Tengo que parar tres veces en el camino a su casa porque estoy temblando mucho. Pero al final entro en su garaje y suspiro de alivio. Estar aquí es como volver a casa. Estar con Cesare es seguro. Sé que pase lo que pase, él me protegerá.

Cuando entro, lo encuentro en el salón con su portátil. Sus dedos vuelan por el teclado y me preocupa interrumpirle. Pero entonces Cesare levanta la vista y me sonrío. Me parto en dos y

rompo a llorar antes de que pueda saludarme. Deja el portátil a un lado justo cuando me acerco a él. No sé qué me lleva a acurrucarme en sus brazos -quizá sea el miedo, quizá saber que es el único en quien he confiado plenamente-, pero me subo a su regazo y dejo que me abrace.

"No pasa nada", susurra mientras lloro en su pecho. "Sea lo que sea, lo solucionaremos". No me presiona para que le cuente lo que me pasa; se limita a pasarme la mano por el brazo mientras me susurra palabras tranquilizadoras al oído.

Ocho años de culpa se me escapan por los ojos, empapando su camisa blanca con mis lágrimas y mi maquillaje. Eso me hace llorar aún más. "Lo siento mucho. No quería estropear la camisa".

Cesare me abraza más fuerte. "A la mierda la camisa, Kessa". Es tan amable que me vuelve a excitar.

No sé cuánto tiempo sigo antes de que finalmente se me acaben las lágrimas. Parece toda una vida, pero probablemente hayan sido solo unos minutos. En cualquier caso, cuando puedo levantar la cabeza de su pecho, me encuentro con una mirada de preocupación en su rostro. "Hice algo malo, Cesare", susurro. "Y ahora me castigan por ello".

Sé que soy una hipócrita. Cuando estábamos en el instituto, me negué a perdonar a Cesare por engañarme con Kiersten Karminski. Ella era la bailarina rubia perfecta que yo nunca pude ser. Y para vengarme por lo que me hizo, juré que nunca volvería a salir con él. Incluso cuando me hizo sentir que yo era la única chica que importaba. Incluso cuando se disculpó un millón de veces. Incluso cuando era la única persona en la que confiaba. Me estaba vengando de por vida privándonos a los dos de una relación que deseábamos desesperadamente.

Ahora esa venganza ha vuelto para golpearme justo en las tripas. Lo sé, y también lo sabe Cesare cuando le enseño la nota y le explico lo sucedido.

Su mandíbula permanece tensa durante todo el relato. Cuando le digo que alguien ha entrado en mi casa, sus cejas se fruncen de rabia. No sé qué se le pasa por la cabeza, pero parece disgustado durante toda la saga. Puedo ver el dolor físico en su cara cuando le hablo de mi aventura. Se enfada aún más cuando le cuento por qué entré en ella. "Maldito Peter", jura en voz baja.

Oír el nombre de mi difunto marido en labios de Cesare es duro. Es como si me clavaran repetidamente un cuchillo en el corazón. Cesare y Peter nunca fueron mejores amigos, pero se caían bien. Peter comprendió que Cesare siempre formaría parte de mi vida y lo aceptó lo mejor que pudo. Es casi doloroso oír que mi mejor amigo está enfadado con mi difunto marido, porque los mejores años de mi vida fueron cuando estábamos los tres juntos.

"No sé qué hacer", termino por fin. La historia es tan larga que en un momento dado me bajo del regazo de Cesare y me acurruco en el sofá. "El tipo que entró no me dijo nada sobre lo que debo hacer a continuación. Pero creo que me están chantajeando. ¿Qué crees que quiere el jefe del tipo?".

Cesare se queda callado unos instantes antes de llevarse las manos a la cabeza. Veo sus dedos clavarse en las sienes mientras se frota furiosamente un inminente dolor de cabeza. "No lo sé, Kes. Si hay una nota, es probable que vengan más. Creo que tienes razón: te están chantajeando".

Se me cae el corazón. Esperaba equivocarme de milagro. Tal vez estaba investigando demasiado. Pero si Cesare está de acuerdo, ¿entonces qué hay que dudar? "¿Qué hago?"

Vuelve a quedarse callado y le veo pensar. No me mira a los ojos, sólo mira al suelo y rechaza una idea tras otra. A veces abre la boca un poco y creo que tiene una solución, pero luego la cierra con la misma rapidez y vuelve a sopesar sus opciones. Finalmente, me mira. "Gracias por acudir a mí, Kessa, por confiar en mí. Sé que admitir lo que hiciste hace tantos años

debe de haber sido duro".

No creo que hubiera podido hablar de ello con nadie más. Estoy más cerca de Cesare que de mi propia hermana.

"¿Puedes confiar en mí para manejar esto?". Me pregunta al cabo de unos segundos. "Haré que un amigo investigue la nota y veremos si podemos encontrar al tipo que fue a tu casa. Hay cámaras por toda la ciudad", sonrío, "incluso en los timbres de la gente. Lo localizaremos, o a su coche, o algo. Lo resolveremos, Kessa. Créeme".

Sus palabras me quitan un peso de encima. Sabía que tenía razón al venir a hablar con él. Cesare siempre ha mirado por mí. "Confío en ti para todo, Cesare. Si crees que puedes averiguar lo que este tipo quiere, entonces te lo dejo a ti. Pero, ¿y si se lo cuenta a todo el mundo? ¿Y si pierdo mi trabajo? ¿Y si Eric pierde su trabajo?"

A Cesare le tiembla la mandíbula cuando digo el nombre de Eric, pero finjo no darme cuenta. Fue hace mucho tiempo, y si eso le enfada, no puedo hacer nada para cambiarlo. Eric y yo ya no estamos tan unidos como antes. Sólo nos vemos en entornos profesionales, e incluso entonces, todo son negocios. "Lidiaremos con eso si sucede, pero te prometo que no dejaré que llegue tan lejos. Tienes que confiar en mí".

Confío en él con mi vida. Tal vez por eso digo que sí. "De acuerdo. Dime qué quieres que haga".

Cruza el espacio que nos separa para cogerme la mano. "Quiero que te quedes aquí conmigo. No me gusta lo fácil que le resultó a ese tipo entrar en tu casa. No puedo protegerte si no estás aquí. Quédate conmigo, Kessa, al menos hasta que todo esto termine".

"Esperaba que dijeras eso". Sonrío mientras se me llenan los ojos de lágrimas. Sé que estoy pisando un camino peligroso, pero tal vez sea hora de renunciar a mi venganza de toda la vida.

Quizá sea hora de volver a salir con mi ex.



## CESARE

No sé lo que se supone que debo "encontrar", pero mientras Francesca está en la cocina trabajando como una esclava sobre una estufa caliente, llamo a Mateo.

"Estoy un poco ocupada ahora." El bebé grita, y algo se estrella. Mateo jura en voz baja.

"Sí, lo mismo". Miro el teléfono como si pudiera verme. "Considerando que Kessa acaba de venir a pedirme ayuda con este asunto de Eric Benson".

Se oye otro ruido, y escucho cómo mi hermano coge a su niña y empieza a susurrarle cosas dulces al oído. Tengo que reconocerlo; yo sería un desastre si tuviera que consolar a un bebé gritón y mi hermano estuviera al otro lado de la línea echándome la bronca. "Ya te he dicho que lo tengo cubierto", dice tras unos instantes de silencio. "De vez en cuando, dile que has quedado con alguien. Enviaré a mi chico a su casa o me aseguraré de que la vea en el supermercado. Probablemente pueda hacer que deje una nota anónima en su carrito de la compra o algo así". Suelta la idea como si le hubiera venido la inspiración.

"No", siseo en el altavoz. "Está aterrorizada, Mat. Hoy ha llorado durante quince minutos. No puedes seguir acosándola".

Mateo resopla al otro lado del teléfono. "Sí, vale", dice con incredulidad. "Porque voy a dejar que me digas lo que tengo que hacer con mi vida".

La frustración se me hincha en el pecho y me dan ganas de cruzar el teléfono y darle un puñetazo en la boca a Mateo. "Es la vida de Kessa y la mía. Usted no sólo está tirando una broma en ella; usted está aterrorizando a ella".

Hay más ruido al otro lado del teléfono, y le oigo encadenar una retahíla de palabrotas antes de pasar a Marceila. Bambi hace un par de arrullos y oigo a Mateo besarle la mejilla. "Lo siento", le susurra a su mujer, "deja que me ocupe de esto rápidamente".

Mateo y Bambi me recuerdan a Kessa y a mí. Si alguna vez tenemos hijos, espero que estemos tan juntos como ellos dos.

"Muy bien, escucha aquí, hijo de puta." Una puerta se cierra detrás de Mateo mientras se encierra en una habitación lejos de su esposa y su hijo. "No fui yo quien envenenó al marido de Francesca; fuiste tú. No fui yo quien ahuyentó a una compañera de trabajo interesada; de nuevo, fuiste tú. No fui yo quien amenazó a los hombres en los callejones que si no rompían con Francesca, les romperías la pierna en una docena de pedazos. No, mira, simplemente les habría roto la puta pierna. Dijiste que si no aprendían de sus errores, les cortarías los dedos y harías una búsqueda del tesoro para encontrarlos. Porque eres un tipo jodido, Cesare. Si crees que estoy aterrorizando a Francesca, será mejor que te mires en el maldito espejo".

Mateo no ha endulzado nada en toda su vida, y no va a empezar ahora. Me duelen los dedos de agarrar el teléfono con rabia. El estómago se me revuelve de asco al darme cuenta de que mi

hermano, el tipo que me conoce desde que era un bebé, tiene razón. Siempre duele más cuando tu familia se da cuenta de que eres un imbécil.

No siempre he estado de acuerdo con las decisiones de Mateo. Cuando Bambi lo mandó a la cárcel, pensé -como todos los hombres Valenti- que tenía que renunciar a ella y empezar de nuevo. Pero él quería hasta que salió de la cárcel y le dio tiempo para sentirse cómodo con su presencia antes de que él la ganó de nuevo. A Mateo no le importaba que se enfrentaba a lo inevitable; se dejó la piel para recuperar a su chica.

La diferencia es que yo no estoy trabajando para recuperar a Kessa. Hemos sido los mejores amigos durante casi dos décadas. La conozco por dentro y por fuera. Conozco sus miedos y sus aspiraciones. Sé que ella quiere trabajar su camino hasta Superintendente un día porque ella quiere hacer un cambio real. Sé que tiene miedo de no volver a encontrar el amor ahora que Peter ha muerto. Sé que le gusta su horario y sus reglas. Sé que si te metes con ella, te enfrentarás a la ira de esa petarda pelirroja que conocí a los catorce años.

Me he pasado toda mi vida adulta intentando volver a salir con Francesca para demostrar que lo que pasó en el instituto fue casualidad. O al menos eso es lo que me convencí a mí mismo. Lo único que nunca intenté fue decirle lo que sentía.

"Eres un buen tipo, Mat. No dejes que nadie te convenza de lo contrario". Cuelgo el teléfono al oír que empieza a preguntarme qué quiero decir con eso. No tengo tiempo de explicárselo.

Ha sido un viaje para llegar a este momento. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso. Contraté a unos hombres para que asaltaran una tienda de comestibles para que los dos acabáramos juntos, y todo lo que conseguí fue un nervio cortado en el brazo y un compañero de piso. Tal vez es hora de que haga lo que he tenido miedo de hacer desde que éramos niños.

Hace una década me convencí a mí mismo de que nunca podría volver a invitar a Kessa a salir; tenía que esperar a que ella viniera a mí. Pero he tenido miedo de que me rechazara, y me aterroriza perder al amor de mi vida.

"Kes", la llamo mientras bajo las escaleras. Mis pies cogen velocidad sin esperar a que yo se lo diga y, antes de darme cuenta, estoy en la cocina viendo a la chica más guapa del mundo preparar la cena. Canta al ritmo de Brad Paisley, con música de principios de los 2000 a todo volumen en su teléfono. Lleva el delantal que me hizo mi madre cuando cumplí dieciocho años y que dice ¡Bésame, soy italiana! Su melena pelirroja rebota a cada paso que da. Y cuando necesita coger algo del estante superior de mis armarios, saca el taburete y se estira todo lo que puede sobre la punta de los pies hasta que sus dedos rozan la bolsa de harina.

"Kessa, deberíamos..." Mi repentina aparición la sobresalta. No llego a terminar la frase antes de que se retuerza asustada en el taburete y deje caer la harina. Como si estallara una bomba, el ingrediente seco explota al caer al suelo y lanza metralla por todas partes.

Francesca se agarra a la encimera, pero no es suficiente. Sigue cayendo al suelo en medio de un revoltijo de harina blanca. Estoy a su lado enseguida, inhalando el producto y sintiendo que me empiezan a picar los pulmones. Kessa y yo estornudamos juntas mientras intentamos sacarnos la harina de la nariz.

Pero nos sentamos juntas en el suelo, cubiertas del desastre que hemos hecho, cuando nuestras miradas se cruzan. Sus ojos verdes brillan a través de la bruma que nos rodea y tiene una media sonrisa en los labios. "Tienes que llevar un timbre", insiste, "eres demasiado silencioso".

No tengo nada más que decir. Me he pasado años siendo el hombre perfecto sobre el que llorar y la mejor amiga que necesitaba tras la muerte de su marido. Me he quedado sin palabras. Así que hago lo que he querido hacer desde el primer día que la conocí: Aprieto mis labios

contra los suyos.

Y el mundo de repente se inclina sobre su eje.





## FRANCESCA

El beso es seco y polvoriento por la harina del aire, pero abre algo dentro de mí. Han pasado seis meses desde la última vez que besé a un hombre. No era nada especial, sólo alguien con quien salía de vez en cuando desde hacía unas semanas. Era un chico simpático, con unos labios en forma de arco de Cupido y un pelo tan rizado que me daban ganas de pasarlo por los dedos. Tuvimos química desde que nos conocimos, pero se esfumó cuando nos besamos. Luego desapareció, me dejó como fantasma. Nunca volví a saber de él y, francamente, no quería volver a saber nada después de la mala sesión de besos que tuvimos.

Los labios de Cesare me hacen retroceder casi veinte años. Vuelvo a tener catorce años y él es mi primer beso. Estamos de pie detrás de la cafetería mientras el sol primaveral nos golpea. Al otro lado del edificio, también escondidos de los monitores del almuerzo, están los fumadores. El aroma de los cigarrillos nos envuelve mientras Cesare me levanta la barbilla y me pregunta si estoy bien. Siento que el corazón se me cae al estómago y me duele el pecho por la adrenalina que corre por mis venas. Sin mediar palabra, le digo que sí con la mirada. Y lo siguiente que recuerdo es su boca contra la mía.

Este beso no está envuelto en humo de cigarrillo, pero me envuelven los recuerdos. Cada uno de los buenos momentos que compartimos destella en el lienzo de mi cerebro. Veo a Cesare cambiar con los años, pero siempre a mi lado. Me vuelve a doler el pecho, pero esta vez es porque mi corazón le anhela.

Su mano me sobresalta cuando la siento en mi mejilla. Su tacto atraviesa la textura arenosa de la harina y acaricia mi piel. Y por un momento, cuando Cesare se aparta, quiero agarrarle de la camisa y volver a acercarme a él. "Lo siento", se ríe, "es que estabas demasiado guapa y no sabía qué más hacer".

"No te disculpes. Me ha gustado". A decir verdad, ha sido el beso más dulce que me han dado en años.

El silencio sigue a mi admisión mientras nos sonreímos estúpidamente. Si tuviera dinero, apostararía a que el mundo ha dejado de moverse. La tierra podría temblar y un tornado podría arrasarse la casa, pero no creo que ninguno de los dos pudiera separarnos.

"Deberíamos levantarnos". Cesare se aclara la garganta y mira el desastre de harina que nos rodea. "Caray", sacude la cabeza después de un momento, "qué desastre. Siento haberte asustado".

No lo siento. Tal vez sea el miedo a que mis secretos salgan a la luz o cómo se siente mi corazón después de pasar las últimas tres semanas viviendo con mi mejor amigo. Tal vez es sólo el hecho de que desde que Peter murió, no me he sentido tan cerca de nadie como lo he hecho con Cesare. Los hombres con los que he estado han ido y venido, algunos sin siquiera

despedirse. Pero nunca Cesare. Mi mejor amigo nunca me ha dejado atrás; siempre ha estado aquí para mí. "Deberíamos ducharnos".

Mira el desorden y asiente con la cabeza. "Sí, creo que tengo harina en sitios donde no debe estar".

El corazón me da un vuelco y siento un nudo de ansiedad en la garganta. "Quería decir juntos. Guarda un poco de agua o lo que sea". Las palabras salen en un susurro ronco, pero lo bastante alto como para llamar la atención de Cesare.

Sus ojos oscuros se dilatan y veo cómo crece su pupila. "Kes -baja la voz-, ¿estás segura de que es una buena idea? Su tono es ronco de deseo.

Si quiero echarme atrás, esta es mi oportunidad. Todo lo que tengo que hacer es reírme y decirle que era una broma. Pero hablo muy en serio. Quiero verlo desnudo. Quiero enjabonarlo y quitarle la harina. Quiero besar la cicatriz que se forma en su hombro por la bala que recibió por mí. Quiero tocar todas las partes de su cuerpo que no he sentido desde una noche imprudente en la universidad. "Sólo si tú quieres". Me atrevo a decir las palabras que he tenido demasiado miedo de pronunciar.

Cesare no duda como yo. Se levanta y me echa una mano. Mientras me levanta, mira mi ropa empapada de harina. "Vamos a dejar harina por toda la casa".

"No si nos desnudamos aquí". Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Me agarro la camisa y me la tiro por encima de la cabeza, dejando al descubierto mi torso y mis pechos.

Una notable huella de la polla de Cesare se perfila ahora en sus pantalones. "Kessa", hace una pausa, con los ojos clavados en mi pecho, "siento que debería decir algo. Lo que estamos haciendo es peligroso. Esto es territorio inexplorado".

Entonces llámame explorador porque quiero cartografiarlo. Quiero ponernos en el mapa. Quiero explorar cada centímetro de su cuerpo y ser la persona que escriba libros sobre ello. "No pienses más en ello, Cesare. Vamos a hacer esto. Lo necesito".

Hay un gemido en mi tono que me produce náuseas. Escucharme suplicar su atención y tener sexo con él me hace querer hacerme un ovillo y morir. Pero la vulnerabilidad de tal confesión es la parte que más duele. Porque si me rechaza o me dice que deberíamos hablarlo, temo gritar, llorar y vomitar al mismo tiempo.

Pero Cesare agarra el dobladillo de su camisa y se la quita lentamente. Cae en la harina con un plop casi imperceptible, levantando una polvareda blanca en el aire. "Siempre estoy aquí para ti, Kessa".

Nuestras ropas quedan olvidadas en el desorden de la cocina. La estufa se apaga mientras nos dirigimos al baño principal. Nuestras pisadas dejan polvo en todo lo que tocamos, un rastro que conduce de nuevo a la cocina donde todo esto comenzó.

He estado en la habitación de Cesare una docena de veces desde que estoy aquí, pero la sensación es diferente cuando estamos desnudos en el baño con la ducha abierta. La luz se cuele por la ventana y el olor a eucalipto inunda el aire; un grupo de tallos en forma de banda cuelga de la alcachofa de la ducha.

Parece sacado de una telenovela. Cuando el calor del agua llena la habitación de vapor, nos metemos bajo los chorros y todo cambia.



## CESARE

No sé dónde acaba su cuerpo y empieza el mío. Cuando sale el jabón, todo es libertad para tocarse, frotarse y gemir. Todo está húmedo y burbujeante; es un sueño hecho realidad.

Con su culo apretado contra mi frente, le toco los pechos. Aprieta la cabeza contra mi pecho y sus párpados se cierran mientras masajeo cada parte de ella que puedo tocar. Llevo años esperando este momento. Soñé con él cuando estaba casada con Peter. Fantaseé con él cuando volvió a estar soltera. Pero nada se acerca a vivirlo.

Las puntas de su pelo se pegan mientras se apoya en mí. Hago rodar un pezón entre el pulgar y el índice y observo cómo la piel se eriza bajo mi contacto. Sus dientes salen para rozarle el labio inferior y utilizo su lenguaje corporal para guiar mis manos. Una de ellas se desliza por la parte delantera de su cuerpo hasta que noto un mechón húmedo y escaso de rizos en su montículo.

La mano de Kessa cubre la mía por un momento, y mis dedos descienden hasta acariciar su raja. El espacio entre sus piernas es cálido, y permito que mis dedos acaricien la seda de su núcleo. Sus gemidos son suaves como maullidos de gatito, así que aumento mi fervor.

Muevo la mano de un pecho al otro y aprieto su pezón entre los dedos. Al mismo tiempo, arrastro la mano entre sus piernas, posándome en su clítoris con un golpe del pulgar como si fuera un instrumento. El dolor de su pezón y el placer de su pequeño bulto sensible la hacen jadear. Aflojo los dedos unos instantes antes de volver a apretar, retorciéndole el pezón de un lado a otro hasta que su cuerpo baila contra mis caricias.

La frustración se apodera de ella, porque al cabo de unos instantes me agarra de la muñeca y aprieta más mi mano contra su clítoris. Con las caderas inclinadas, intenta conseguir la mayor fricción posible. Suelto su pezón para tener mejor acceso al resto de su cuerpo. El agua caliente me hace sudar ahora que estoy tocando a la mujer con la que he fantaseado toda mi vida adulta.

Verla correrse es un afrodisíaco infernal. Mis manos recorren su cuerpo durante unos minutos, frotando y tocando su piel húmeda y brillante. Hago círculos alrededor de su clítoris con los dedos, y ella balancea su cuerpo de un lado a otro en función de la fricción que necesita para correrse. Pero cuando lo consigue, levanta las manos contra las paredes para sujetarse y estalla sobre mis dedos. Echa la cabeza hacia atrás y me golpea el pecho, provocándome un dolor agudo en el hombro lesionado. Pero ahora mismo me da igual que me disparen otra vez. No podría dejar de tocarla aunque mi vida dependiera de ello.

Cuando deja de retorcerse y su cuerpo se desploma sobre el mío, la rodeo con los brazos y me limito a sostenerla bajo los chorros del agua mientras se recupera. Pero nada dura para siempre, ni siquiera nuestra agua caliente. Al cabo de un rato, las gotas se vuelven tibias y empiezan a enfriarse. Kessa se adelanta para cerrar el grifo y pregunta si está bien después. Se le

pone la piel de gallina en los brazos y le prometo que no pasa nada.

Hay suficiente vapor de nuestra ducha que el cuarto de baño es nebuloso cuando salimos. Le paso una toalla y ella se envuelve como un burrito. Me mira desde unos metros mientras me seco cada centímetro de mi cuerpo. Si fuera cualquier otra persona, le preguntaría lascivamente si le gusta lo que ve. Pero es mi mejor amiga. Así que dejo la toalla en el suelo y me acerco a ella. "¿Cómo te sientes?"

Francesca me mira con cara de culpabilidad. "¿Puedo confesarte algo?"

Podría decirme que ha matado a un hombre y yo no la miraría de otro modo. En todo caso, le preguntaría si necesita ayuda para enterrar el cuerpo. "Puedes admitirme cualquier cosa, Kes. Ya lo sabes".

Sus mechones rojos están apretados contra su pecho en un estado de desorden. Sus ojos verdes parecen desorbitados y su piel se ruboriza cuando me pregunta si quiero follármela.

"Es una pregunta difícil. No porque no quiera", le digo con sinceridad, "sino porque no quiero que eso sea todo lo que hay entre nosotros, Kes. Quiero acostarme contigo, hacerte el amor y follarte hasta la saciedad. Pero también quiero que después bajemos a cenar y hablemos de lo que ha pasado hoy o de lo que vamos a hacer mañana. Quiero ser algo más que el tío que te excita. Quiero ser tu compañero, Kessa. Quiero estar a tu lado cuando salgamos de esta habitación, no sólo el tipo que te folló y te dejó ir".

Francesca deja caer su toalla. "No sé lo que quiero todavía, Cesare, pero sé que ahora mismo, sólo quiero estar cerca de ti. Quiero estar cerca de la única persona que siempre ha estado a mi lado".

La puerta a una relación no se me ha cerrado en las narices, pero tampoco está abierta. Hay una rendija que me permite atisbar nuestro futuro. Tal vez funcione, tal vez no, pero nunca lo sabré si no le doy lo que quiere ahora. Está intentando ahogar sus miedos con familiaridad, y no se lo voy a quitar.

Agarro a Kessa por la cintura y la subo a la encimera del baño. "Dime lo que quieres y lo haré realidad", le prometo. "Hoy, mañana y todos los días del resto de nuestras vidas".

Me pasa los brazos por los hombros y me rodea el cuello mientras me coloco entre sus muslos. Agarro mi erección y acaricio su entrada durante unos segundos, esperando a que me detenga. Cuando no lo hace, cuando lo único que ocurre es que sus labios se encuentran con los míos y me roza la piel con los dientes, aprieto contra ella.

La última vez que ocurrió, estábamos en la universidad. Fue la única vez que estuvimos juntos. Recuerdo algunos detalles, pero se han desvanecido con el tiempo y con la invención del alcohol. Pero este momento manchará mis recuerdos para siempre. La sensación de su coño envolviendo fuertemente mi miembro es algo que nunca olvidaré. Y sus labios retorciéndose contra los míos mientras enreda sus piernas alrededor de mi cintura quedarán grabados en mi cerebro para siempre.

Kessa se mueve con mi cuerpo. Su culo está en el borde del fregadero y ella se aferra a mí para salvar su vida. Me balanceo en ella y sus uñas rastrillo contra mi espalda. Es rápido, es apasionado, y nos une.

No importa que me corra dentro de ella y que el semen gotee por el lavabo. No importa que me muerda el hombro para no gritar, dejando la huella oscura de sus dientes en mi piel. Lo que importa es cómo deja caer la cabeza sobre mi pecho cuando acabamos y cómo se aferra a mí cuando intento sacarla.

"No", susurra, "quédate aquí unos minutos más".

La abrazo como si soltarla significara morir. Porque temo que así sea. Me aterroriza pensar

que en cuanto la suelte, volveremos a ser lo que éramos.

Pero por ahora, con mi polla dentro de ella y sus pechos desnudos apretados contra mí, puedo fingir que tenemos el resto de nuestras vidas por delante. Lo que ocurra cuando la suelte será un problema para el futuro Cesare.





## CESARE

Ella me ama.  
Ella me ama, no.

Ella me ama.  
Ella me ama, no.  
Me quiere.

Una pequeña mano se extiende para aplastar la flor que sostengo. Cuando levanto la vista, veo la cara sonriente de Gabriel. "Fow", dice con confianza.

"Flor", le digo con la cabeza.

Me arrebató la margarita a medio arrancar de la mano y sale corriendo a buscar a su madre. Calíope está sentada junto a la piscina con una mano exhausta sobre el estómago. Está embarazada de nuevo y, aunque apenas se le nota, Raniero dice que este embarazo es más duro para ella que el primero.

Mi hermano mayor tiene un don con las mujeres. Si no fuera así, sospecho que no habría podido quedarse con Calíope después de secuestrarla y dejarla embarazada contra su voluntad. La buena apariencia sólo te lleva hasta cierto punto. Al final, debes demostrar que eres carismático, encantador y que vales el tiempo de una mujer.

"Siento haber tardado tanto", se disculpa Raniero cuando sale de la casa. "Hubo un incidente con el hijo de Grace". Su cocinera y ama de llaves, o algo así. No conozco muy bien a Grace. "Supongo que el mayor pensó que sería divertido atracar una tienda de golosinas con una pistola falsa. Me llamó asustada esta mañana y tuve que ponerme en contacto con el jefe Jackson". Sacude la cabeza mientras toma asiento frente a mí. "Odio hablar con mi suegro".

La vida de Raniero está llena de incidentes. Anoche quise quedar con él, pero estaba ocupado ocupándose de una aventura con Nicholas Calvino. Nunca entenderé cómo tiene tiempo para dirigir un imperio, una familia y seguir siendo el mejor hermano mayor que un hombre puede pedir. Apenas tengo tiempo para pensar.

"Si necesitas atender algo", empiezo a decir, pero me hace un gesto con la mano.

"Lo tengo todo bajo control. Voy a sacar al chico del reformatorio y a sellar su expediente, pero tendrá que cumplir un montón de horas de servicio comunitario y este verano tendrá que trabajar aquí, en la casa. Soy todo tuyo, Cesare". Ha hecho más antes del almuerzo de lo que yo haré en todo el día. "Derrama, chico. ¿Qué necesitas?"

Mi hermano vigila a Gabe, que corretea por el patio como un cachorro sin correa. Mientras Calliope se sienta junto a la piscina con un libro en la mano, nunca la veo vigilar a su hijo. Está segura de que Raniero controla las cosas. La confianza que tiene en su marido es conmovedora.

"Necesito un consejo sobre Kessa. Creo que metí la pata". La ceja levantada de Raniero me

pide que me explique. Intento explicar todo lo que ha pasado, pero cada tangente trae una nueva historia que había olvidado. Mi saga con Francesca Scot se ha desarrollado a lo largo de dieciocho años, y cada vez que creo que estoy a punto de terminar, hay un nuevo giro. Me siento agotada cuando termino de contar nuestra historia, y todavía no estoy ni cerca del final.

En honor a Raniero, nunca me para para preguntarme en qué coño estabas pensando. Ojalá lo hubiera hecho, porque es una pregunta válida. Pasé buena parte de mi vida tratando de asegurarme de que la única persona que Francesca tuviera fuera yo. He sido la persona en la que ha confiado para hablar de chicas y a la que ha recurrido en una crisis. Pero para hacer eso, hice algunas cosas realmente atroces. No me arrepiento de nada; sólo quiero saber en qué coño estaba pensando cuando decidí arruinarle la vida para que pudiéramos estar juntos para siempre.

Pero cuando termino, Raniero deja de asentir para mostrar que está escuchando, y una mirada pensativa aparece en su rostro. La historia llega a su fin y él se queda pensativo. Observo cómo golpea la mesa con los dedos mientras piensa en lo que va a decir. Diría que mi hermano mayor es un libro abierto, pero creo que son los treinta y dos años que llevamos siendo hermanos los que me permiten comprender quién es en el fondo.

"Para empezar, hablaré con Mateo y conseguiré que se desinvolucre. Nunca debió involucrarse en primer lugar, independientemente de si te ayudó o no". Raniero pone los ojos en blanco con disgusto. "Sólo porque se entrometió en la vida de Bambi hasta que ella estaba demasiado débil para rechazarlo no significa que tenga que entrometerse en la de Francesca".

No soy estúpida; Mateo y yo tenemos patrones similares. Ambos nos enamoramos con fuerza y cuando el destino intentó separarnos, dijimos que no. Estábamos dispuestos a hacer lo que fuera por el felices para siempre que creíamos merecer. Pero todo lo que Mateo hizo por mí fue enturbiar las aguas. No sé si Francesca quiere estar conmigo porque me ama o porque tiene miedo y cree que soy el único que puede salvarla. Quiero las dos cosas, si te soy sincero.

"En segundo lugar, no estoy diciendo que te sinceres, pero creo que deberías intentar un poco de honestidad a partir de ahora. Has sido amigo de Kessa desde la secundaria. Creo que vuestra amistad debería poder soportar algo de sinceridad". Los ojos de Raniero siguen a Gabriel mientras corre hacia nosotros con una flor idéntica a la margarita que me robó.

"Fowr", exclama mientras me entrega la margarita. Tiene una mirada muy seria.

"Creo que tienes que cogerla", sonrío Raniero.

Le doy las gracias a Gabriel por la flor y retuerzo el tallo entre el índice y el pulgar. "Me ha quitado la flor antes", le explico.

Mi hermano asiente con la cabeza. "Ya me lo imaginaba. Siempre devuelve las cosas, pero no siempre en las mejores condiciones".

Esta flor tiene menos pétalos que la que me quitó. De hecho, sólo tiene uno.

Ella me ama.

No necesito arrancar el último pétalo blanco para saber que el juego de la infancia está completo. Aunque esta flor no puede decirme si Francesca me quiere o no, decido confiar en ella. Y no sólo porque Raniero me dice que sea sincero con Kessa. Sino porque creo que estoy cansado de juegos, los de la infancia y los de los adultos.



## FRANCESCA

Cesare irrumpe por la puerta principal como si fuera un policía. Se me cae el libro de las manos y resuena por toda la casa al chocar con la baldosa de la cocina. "Por Dios, Cesare", le digo, "¿qué demonios te pasa?". Mi pulso galopa a 110 latidos por minuto, según mi Fitbit. Hoy no estoy preparada para sufrir un infarto, y Cesare tiene que calmarse antes de provocármelo.

Tiene la boca abierta, listo para decir algo, hasta que ve todo el papeleo esparcido por el mostrador. "Espera. ¿Qué es todo esto?" Empieza a mirar los documentos y a fruncir el ceño, intentando leer los titulares y asimilarlo todo.

"Voy a vender la casa, Cesare. Ya es hora". Era el momento hace cuatro años cuando Peter murió. Cada habitación era un recuerdo de nuestra relación. Las paredes tenían nuestras fotos; las sábanas, nuestros recuerdos. No sé por qué me he aferrado a ellos durante tanto tiempo. Peter habría entendido si, después de un año o dos, hubiera seguido adelante. Nunca habría querido que le llorara para siempre. Entonces, ¿por qué elegí hacer eso?

Cesare sigue rebuscando entre los papeles. Tengo un contrato de una agente inmobiliaria que dice que va a vender mi casa y otro contrato que dice que trabajaremos juntos durante los próximos sesenta días mientras ella intenta encontrar una casa para mí. Tengo el papeleo de la venta de mi casa, acuerdos de divulgación y comparativas del vecindario. Tengo impresiones de lugares que mi agente cree que me gustarán. "¿Te vas a mudar a Junction City?". Me mira. "¿Vas a dejar Bluemont?"

Han pasado un par de semanas desde que Cesare y yo nos enrollamos en su cuarto de baño. Hemos vivido una extraña vida desde entonces. Me trata con el mayor respeto, pero puedo decir que está esperando algo. Quiere que me enamore de él o que le diga que no quiero volver a verle. No estoy segura de qué espera más, pero sé que Cesare quiere una respuesta. Dice que es paciente, pero nadie lo es para siempre.

"No, al menos ahora no. Supongo que depende de cómo vayan las cosas con el chantajista". No hemos recibido ni una sola nota desde que llegué a casa aquel día y me derrumbé en su regazo, pero sé que el tipo sigue ahí fuera. Probablemente me esté vigilando y esperando a que haga algo que desaprobe para arruinarme la vida.

Cesare arruga el papel bajo su mano mientras cierra el puño a su alrededor. La casa de Junction City desaparece en una bola blanca mientras intenta contener su ira. "Ya te he dicho que mis hermanos y yo estamos trabajando en ello. Si estás huyendo de ese tipo", empieza a suplicar.

Rápidamente niego con la cabeza. "No lo hago", juro. "Al menos, no de verdad. No sé lo que estoy haciendo, Cesare. Sólo sé que necesito vender la casa y mudarme".

Su cara es decidida cuando dice que puedo mudarme aquí. Cuando le digo que no hay

espacio suficiente, dice que se deshará de cosas. "Si necesitas que venda mi sofá, lo haré. Si quieres mi dormitorio, puedes quedártelo. De todas formas, me gusta más la ventana de la habitación de invitados de abajo", admite Cesare con una sonrisa.

Me duele el estómago cuanto más lo miro. "No es tan sencillo. No quiero echarte de tu casa, Cesare. Es tu casa".

"Es nuestra casa", corrige frunciendo el ceño. "Llevas semanas aquí. Me curaste".

"Estuviste bien". Podría haber vivido solo y estar bien. Sólo quería hacer lo correcto. "Ya no me necesitas. Te han quitado el cabestrillo y estás haciendo fisioterapia. Volverás a la normalidad enseguida. Además, en algún momento vas a querer tener citas o casarte o algo así, y tener a una mujer en tu casa va a ser un problema".

Siento que contengo la respiración mientras espero su respuesta. No quiero despedirme de mi mejor amigo, pero estoy siendo sincera con él y conmigo misma. Estamos mejor como amigos. No porque me hiciera daño una vez, sino porque utilicé esa única vez para castigarle durante casi dos décadas. Soy una mala persona.

"Eso es una mierda." Cesare tira el papel arrugado por encima del hombro. "Estás huyendo de mí, Kes".

"No, eso no es..." Cesare arroja todos los papeles de la encimera de la cocina y vuelan por el aire como si recogieran cincuenta y dos naipes. "No me mientas. ¿No es eso lo que siempre nos hemos prometido? ¿Ser sinceros?"

Sé de al menos tres ocasiones diferentes en las que me ha mentado en el último año. No fueron grandes cosas en las que mintiera, pero el punto es que nunca hemos sido 100% honestos el uno con el otro. Ni siquiera le hablé de Eric hasta que el chantajista amenazó con delatarme. "Estoy siendo sincera, Cesare". Cruzo los brazos sobre el pecho, frustrada, y él se ríe de mí.

"Sí, vale", resopla. "Entonces, ¿por qué te mudas? Y no digas que es porque voy a tener otra mujer aquí en cuanto te vayas, porque eso es una gilipollez".

Generalmente, cuando Cesare se enoja, no es conmigo. No hemos tenido una pelea a gritos desde que teníamos veinte años. Pero hoy, levanta la voz como si eso fuera a hacerme cambiar de opinión. "Ni siquiera importa por qué me mudo, Cesare. Me mudo. Eso es todo lo que tienes que saber. No pago alquiler. No tengo contrato de alquiler. Puedo irme cuando quiera".

Cesare cruza la cocina hacia mí y, si fuera cualquier otra persona, tendría miedo. Pero es mi mejor amigo y nunca me ha levantado la mano. "No, no puedes", dice finalmente. "Te quedas y ya está".

"No, no me quedo. Deja de comportarte como un bebé. Me mudo y punto". Empiezo a recoger los papeles que ha esparcido por la cocina, pero antes de alejarme un metro, Cesare me coge del brazo y tira de mí hacia él. Me golpeo contra su pecho y me sujeta como si tuviera miedo de soltarme.

"Escúchame, Francesca Scot, no te vas porque te quiero, joder. Te quiero desde el día en que nos conocimos. Te he dado espacio y me he disculpado por la mierda que hice cuando era niña, pero ahora somos adultos". Reclama mis labios en un beso áspero y furioso. "Lo que pasó entre nosotros hace un par de semanas fue sólo el principio de lo que va a seguir pasando. Me necesitabas, Kes. Siempre me has necesitado. Y yo estoy harta de fingir que no te necesito también".

La mitad de mi corazón quiere protegerse. Me grita que me aleje de él y corra, sin mirar atrás. La otra mitad dice que esto es lo que me he pasado la vida esperando. El tipo de amor que trasciende la mierda mala que nos hemos hecho el uno al otro. El tipo de amor que sobrevive a través de otras parejas y circunstancias locas. Ya no sé qué parte de mi corazón creer.

"No seas loco, Cesare." Pero las palabras suenan débiles a mis oídos. "No somos el uno para el otro. Somos personas diferentes. Tú tienes tu familia y yo tengo mi trabajo. No puedo ser directora de un colegio y la mujer de un, bueno", bajo la voz, "un mafioso".

Se burla con disgusto, pero no me suelta. "¿Qué clase de cosas malas crees que he hecho, Kes? Dímelo".

Sé lo que hizo su hermano. Estuve con Cesare en el juicio por Mateo. Mateo Valenti, un tipo cuya propia prometida lo entregó a la policía. Claro, no fue acusado de matar a un hombre, pero Bambi Schelling dijo que lo vio suceder. Sin cuerpo, no hay crimen. Sé que Mateo probablemente lo hizo, e hizo que sus hermanos lo ayudaran a esconder la evidencia. No sería tan descabellado creer que Cesare estaba involucrado de alguna manera.

"Sí, no tienes nada", añade Cesare después de unos segundos. "Porque nunca he hecho nada para hacerte daño a ti ni a nadie. He protegido a la gente que quiero, Kes. No siempre ha significado tomar la decisión fácil, pero lo he hecho cueste lo que cueste. Dejé que te casaras con el puto Peter Anderson porque eso evitó que te rompieran el corazón. Sabía que merecías mucho más, y dejé que pasara porque eras feliz. Mi propio corazón se rompió el día que le dijiste sí quiero".

Cesare hace una pausa en su discurso para besarme de nuevo y esta vez me cuesta apartarlo. Sus labios son más tiernos que antes y el beso me toca más profundamente. "Estoy harto de rechazar mi propia felicidad, Kessa. Te quiero y quiero pasar el resto de mi vida contigo".

De repente, la intención de su carrera hacia la casa se hace evidente. Cesare se arrodilla y saca una cajita negra del bolsillo. "Iba a hacer esto cuando aparecí, pero entonces empezamos a pelearnos. Y cuando digas que sí, te pondré este anillo en el dedo y podremos seguir peleando todo el tiempo que quieras. Pero Francesca Scot, he sabido durante años que me iba a casar contigo algún día. No puedes decirme que no has imaginado un futuro conmigo. Somos perfectos el uno para el otro. Eres todo lo que yo no soy y no hay otra mujer con la que quiera volver a estar".

Odio que se me llenen los ojos de lágrimas. No autoricé que mis emociones se desbordaran. "Cesare, estás actuando por impulso porque llevo semanas aquí".

"No", se mantiene firme, "estoy haciendo lo que debería haber hecho hace años. Cuando Peter y tú empezasteis a salir, debería haber hecho esto. Debería haberte parado y haberte dicho que estaba tan total y locamente enamorada de ti que nunca sobreviviría si te casabas con él. Pero me las arreglé para sobrevivir a tu boda y a tu matrimonio. Ahora vuelves a ser libre, Kessa, y es hora de que por fin pueda hacerte la única pregunta que he querido hacerte desde el instituto".

El corazón se me sube a la garganta cuando abre la caja y descubre un anillo de compromiso de diamantes. Siento que tiemblo cuando me coge la mano y desliza el anillo en mi dedo izquierdo. "Francesca Scot, ¿quieres casarte conmigo?"

Si digo que no, nuestra amistad quedará dañada sin remedio. ¿Qué otras opciones tengo?

## EPÍLOGO

Cesare - 4 meses después

Le mentí a Francesca: he hecho cosas para herirla. Soy la razón por la que su marido está muerto. Soy la razón por la que fue amenazada en el supermercado. Soy la razón por la que ninguna de sus relaciones funcionó. Soy la razón por la que se está volviendo loca ahora mismo.

"El vestido no me queda. Cesare," me llama desde el armario, "¡la boda es el próximo fin de semana, y mi vestido no me queda!" No me deja entrar a verla. Cuando decidió probarse el vestido esta mañana, metió un zapato por debajo de la puerta para que no pudiera abrirla y atraparla. Kessa dijo que daba mala suerte ver a una novia con su vestido de novia. "¡Tienes que llamar a Sylvia ahora mismo!"

Me paro al otro lado de su vestidor con una sonrisa en la cara. Nunca pensé que llegaría este día. Fantaseaba con ello e imaginaba lo que pasaría cuando llegara, pero nunca pensé que llegaría de verdad. Nunca pensé que tendría el valor de pedirle que se casara conmigo. "Estoy marcando ahora mismo. ¿Puedo ofrecerte algo?"

Esta vez oigo su voz más cerca de la puerta. "Sí, una Máquina del Tiempo para poder volver atrás y dejar de comer tanto el último mes porque ahora no me cabe el vestido de novia". Su tono es agotado y lloroso.

"Kes, por favor, quítate el vestido y déjame entrar. Puedo hacer que te sientas mejor". Cojo el teléfono del bolsillo y empiezo a buscar la información de contacto de Sylvia. Vuelvo a mentir: No voy a marcar el número de su hermana todavía.

"No", gime Kessa al otro lado de la puerta del armario. "Sólo quieres acostarte conmigo. Eso no me hará sentir mejor".

Dios me libre de querer acostarme con mi prometido, pero no lo digo. "No sueñas muy molesta cuando tenemos sexo, Kes. Tal vez el alivio del estrés es exactamente lo que necesitas".

Kessa deja caer la cabeza contra la puerta del armario con un ruido sordo. "Lo que necesito es un vestido más grande, Cesare. Necesito que Sylvia venga a soltarlo para poder comer de aquí a la boda".

Me encorvo hasta quedar en el suelo. "Kessa, te quiero. Te voy a querer lleves un vestido blanco o unos vaqueros y una camiseta a nuestra boda. Somos más fuertes que un par de kilos en el lugar equivocado, cariño".

El silencio es lo único que sigue. Oigo su respiración, pero no está hiperventilando. Es una buena señal.

"Es algo más que el vestido", admite al cabo de unos minutos. Le doy un poco de espacio y le permito que termine su hilo de pensamientos a su antojo. "Cesare, estoy embarazada. Estoy embarazada y tengo miedo de perder al bebé".

Estoy llena de emociones. No sé si dar saltos de alegría o llamar al médico para que venga a casa. Intento mantener la calma, pero temo que mi voz no transmita esa emoción. "No pasa nada, Kes. Pase lo que pase, tú y yo estamos juntos en esto. Abre la puerta y deja que te abrace, cariño".

"Verás el vestido", gimotea.

A la mierda el vestido, pero tampoco puedo decirlo en voz alta. "Me pondré una venda si quieres. Me sacaré los ojos. Haré lo que quieras; sólo déjame abrazarte, Kessa. Sé que esto no estaba en nuestros planes, y que ya has luchado antes con un aborto espontáneo, pero estoy contigo sin importar el resultado, cariño. Estamos juntos en esto".

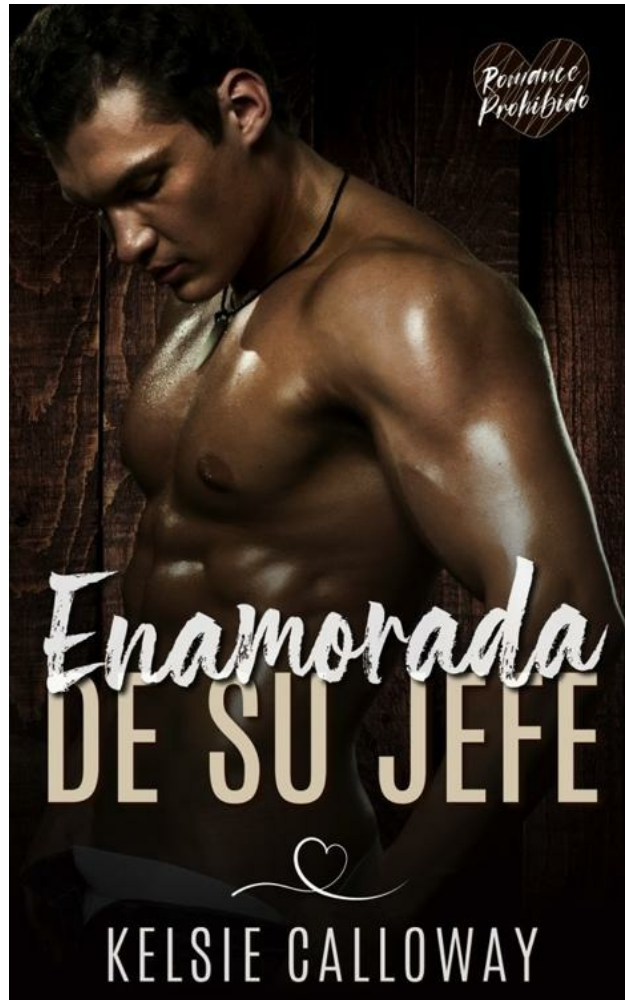
Kessa se queda callada unos instantes más antes de que la oiga sacar el zapato de debajo de la puerta. Se oye un crujido en su lado de la puerta y luego el pomo gira. Está sentada en el suelo, hecha un ovillo de tul, con los pechos fuera del vestido porque la cremallera de la espalda no se cierra. "Tengo miedo", susurra.

Me arrastro por la alfombra para abrazarla. "Lo sé, cariño. Podemos tener miedo juntos". Lo primero que voy a hacer cuando salgamos de este piso es llamar al médico. Vamos a afrontar esto sabiendo cuál es la mejor manera de manejar el embarazo y cualquier secuela. Antes no sabía lo que le pasaba, pero ahora sí. Y Kessa y yo no tendremos el mismo final que ella y Peter. Esto no será lo que nos rompa.

He amado a Kessa durante dieciocho años. Contra viento y marea, la amaré los próximos dieciocho. Y cada dieciocho años que tengamos juntos más allá de eso. Le he hecho cosas indecibles a esta mujer en nombre del amor y pasaré el resto de mi vida compensándola.



¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE  
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



*¿Quieres más Kelsie Calloway?*

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

<https://amazon.com/author/kelsiecalloway>